



# RELIGIOSIDAD POPULAR

en la comarca de Los Monegros

Félix A. Rivas



# Religiosidad popular en la comarca de Los Monegros

Félix A. Rivas



**Edición:** Instituto de Estudios e Investigación de Los Monegros (Comarca de Los Monegros), centro colaborador del Instituto de Estudios Altoaragoneses

### **Fotografías**

Autoría desconocida (Fototeca de la Diputación Provincial de Huesca): portada, 4, 17, 21, 31, 38, 43, 44 inferior, 54, 75 inferior, 76 superior, 80 y contraportada.

Ricardo del Arco (Fototeca de la Diputación Provincial de Huesca): 28 inferior.

Colección Garmina Banzo Oto: 8. Colección Ángeles Martínez Val: 9. Asociación Cultural Senense: 10 superior, 37, 44 superior y 63. Colección Esther Carrera Hoyo: 10. Colección Darío Pérez García: 12. Colección Concha Buisán: 13. Colección Paz Arroyos Buisán: 15. Colección Antonio Pérez Orduña: 16 superior. Colección José Antonio Villellas Sánchez: 18. Colección Carmen Garcés Marcial: 19. Colección Jaime Martín Peralta: 20. Colección M<sup>a</sup> Sol Arenas Dueso: 32. Colección M<sup>a</sup> Ángeles García Muela: 33. Colección Marta Calavera Isanta: 40 superior. Colección José Luis Ripol Marcial: 40 inferior. Colección Carmen Nogués Callén: 62 superior. Colección José M<sup>a</sup> Royo Val: 78. Todas ellas han sido cedidas a través del Ayuntamiento de Sariñena.

Isaías Fernández: 14. Félix A. Rivas: 22, 24, 27, 39, 48, 49, 52, 53, 55 superior, 56, 67 superior, 72, 76 inferior y 82. Silvia Abardía: 26, 28 superior, 30, 34, 35, 36, 41, 42 superior, 42 inferior, 45, 51, 58, 60, 61, 62 inferior, 64, 65, 66, 68, 69, 70, 71, 75 superior, 79, 81, 83, 84, 85 y 86. Gemma Grau: 46. Área de Turismo: 50. Todas ellas son propiedad de la Comarca de Los Monegros.

Asociación Cultural El Pimendón: 23.

Colección Gabriel Murillo Murillo: 29.

Juan Mora (Archivo Histórico Provincial de Zaragoza MF 1785): 55 inferior.

Ayuntamiento de Leciñena: 59.

Carlos García: 67 inferior.

Colección José María Murillo Castelreanas: 73.

Elena Villellas: 74.

**Imagen de cubierta:** Procesión con imágenes de San Sebastián y San Mateo. Lanaja. Hacia mediados del siglo xx

**Imagen de contracubierta:** Romería de Santa Quiteria. Sena. Hacia 1925

**Diseño y maquetación:** Ignacio Navarro.

**Impresión:** Gráficas Alós. Huesca

**ISBN:** 978-84-616-2881-0

**Depósito legal:** HU-30/2013

## Índice

Prólogo .....	5
Presentación .....	6
Tiempos y espacios para la religiosidad popular .....	7
Lo religioso en el ciclo de la vida.....	11
El año litúrgico y festivo .....	25
Las rogativas de agua.....	46
Edificios para la religiosidad popular .....	47
Referencias de una geografía trascendente.....	57
Las romerías .....	77
Las campanas .....	86
Bibliografía .....	87





## Prólogo

El patrimonio cultural inmaterial de un pueblo es uno de los más sensibles al paso del tiempo. Generación tras generación se transmiten conocimientos de origen a veces incierto que se pierde en la memoria. Preservar esos contenidos que definen en buena medida la personalidad de esta comarca y de sus habitantes ha sido objeto de dedicación por parte de esta Institución.

Con este primer libro, impulsado por el Instituto de Estudios e Investigación de Los Monegros, comienza una serie de publicaciones en la que, de forma temática, se irán plasmando los diferentes aspectos recopilados en el Archivo Etnográfico de Los Monegros, con el fin de contribuir a su divulgación. Desde la Comarca de Los Monegros queremos agradecer a todas las instituciones y personas que han colaborado para que este trabajo vea la luz.

Esta primera entrega está dedicada a las tradiciones y la religiosidad popular. Algunas de las costumbres que aparecen en este libro todavía perduran. Otras las recuerdan los más ancianos, pero todas contribuyen a definir el imaginario de los habitantes de este territorio. Esperamos que esta serie de publicaciones culturales sobre Los Monegros sirva para que nos conozcan más en el exterior y que contribuya a entendernos mejor entre nosotros, porque conocer y valorar nuestro rico patrimonio es un buen punto de partida para caminar juntos hacia un futuro de desarrollo y progreso para nuestra comarca.

**Ildefonso Salillas Lacasa**  
Presidente de la Comarca de Los Monegros



## Presentación

Desde el año 2006 se han ido recogiendo datos de interés etnológico a través de grabaciones y entrevistas desarrolladas en los municipios monegrinos. Este trabajo comenzó bajo la dirección del investigador Manuel Benito, en parte se llevó a cabo con la colaboración del área de Educación de Adultos de la Comarca de Los Monegros, en parte con la contratación de personal específico, y ha contado con el apoyo económico del Instituto de Estudios Altoaragoneses.

Todo ello ha permitido conformar un Archivo Etnográfico de Los Monegros, que puede consultarse por medio de la página web del Sistema de Información del Patrimonio Cultural Aragonés ([www.sipca.es](http://www.sipca.es)).

Sin embargo, creíamos que dicha posibilidad de consulta debía completarse con un trabajo de elaboración de los datos, contextualizándolos y dotándolos de un relato coherente. De las distintas áreas temáticas se seleccionó la relativa a tradiciones y religiosidad popular. Y a ello ha dedicado su esfuerzo Félix A. Rivas, con quien ya anteriormente habíamos trabajado en otros proyectos, y contando nuevamente con el apoyo del Instituto de Estudios Altoaragoneses. Quedan para otra ocasión trabajos similares relativos a otros temas.

De lo expuesto se deduce que la mayor parte de los contenidos desplegados en este libro pertenecen a ese archivo aunque, antes de su elaboración, han sido completados por la obligada consulta de libros y, especialmente, de todas aquellas revistas del ámbito monegrino que ha sido posible localizar. Contenidos que aquí se ofrecen a los lectores interesados por nuestra tierra, nuestras gentes y nuestra historia.

Gonzalo Gavín  
Consejero de Cultura de la Comarca de Los Monegros

## **Tiempos y espacios para la religiosidad popular**

A modo de introducción previa, cabría prevenir sobre la necesidad general de no abstraer creencias y prácticas de aquellas circunstancias históricas en las que se han desarrollado pues solo haciéndolo así será posible su más completa comprensión. Son, en este sentido, dos periodos de cristianización los que ha experimentado el territorio monegrino a lo largo de su historia, separados entre sí por cuatro siglos de dominación musulmana. Del primero, consecuente a la romanización, apenas tenemos noticias. El segundo en cambio, que abarca desde la conquista por la monarquía aragonesa a comienzos del siglo XII hasta nuestros días, puede considerarse el principal proceso histórico-cultural que ha condicionado la religiosidad popular tal y como la vamos a encontrar descrita en este libro. Lo prolongado de este último periodo con sus casi nueve siglos, y las fuertes transformaciones que el medio rural aragonés sufrió durante la segunda mitad del siglo XX, no deben sin embargo restar trascendencia a otros importantes procesos intermedios como los intentos de unificación religiosa de la Baja Edad Media, la Contrarreforma y la expulsión de la población morisca del siglo XVII, o el nacionalcatolicismo del periodo franquista.

Contando con todo ello, y en función de las fuentes disponibles, habrá que tener en cuenta que el grueso de la información aportada en este libro deberá ser enmarcada en la franja central del siglo XX, entre 1930 y 1960 aproximadamente, aunque buen número de las prácticas descritas hayan podido tener continuidad hasta la actualidad sin citarse expresamente.

En cuanto al concepto de religiosidad popular que se ha tomado como punto de partida, podría definirse como aquella versión de la religión y lo sagrado que constituye una realidad compleja e íntima-



Primera Comunción. Lanaja. Año 1923

mente ligada al territorio, que reúne los restos o supervivencias de prácticas religiosas ya extintas, en la que no faltan las explicaciones mágicas de fenómenos y procesos, y que confluye y se mezcla con la religión oficial. Debido a esto último, se ha configurado a través de los siglos una interrelación entre religiosidad popular y religión institucional que se aprecia bien, por ejemplo, en el análisis de la hagiografía y mariología comarcal reproducida muchas veces a partir de textos escritos por eruditos eclesiásticos que se iban repitiendo y a veces adaptando a través de la transmisión oral, pero que ya en su primera redacción escrita incluían elementos de la narrativa de creación popular.

En última instancia, la religiosidad puede considerarse como un campo más en el que los símbolos han funcionado tanto como mecanismos sancionadores del orden establecido como vehículos de las opciones alternativas o marginadas. Pero aunque se tenga claro el carácter parcial de lo popular dentro del conjunto más amplio de lo religioso, habría que cuestionar asimismo dónde se coloca el límite para definir qué creencias y prácticas pertenecen al ámbito de lo "religioso" y cuáles no. Y al hacerlo, desde nuestro contexto geográfico y cultural, parece evidente que el peso de la Historia ha dado una posición central en esta tarea a la propia Iglesia católica. Por ello, en este texto, lo religioso será fundamentalmente lo "admitidamente religioso", sabiendo que además coincidirá básicamente con la propia visión de quienes han vivido y viven en primera persona lo descrito.

Más allá de creencias y devociones personales o colectivas, el valor de conocer y divulgar esta religiosidad popular estriba en su capacidad para acercarnos a la realidad humana sobre la que se sustenta, tomando la religión como perspectiva a través de la que mirar lo cultural y social. A partir de esta premisa resulta posible emprender al menos dos diferentes vías de análisis del material recopilado. Una, de carácter más diacrónico o evolutivo, persigue entresacar de la religiosidad popular aquello que traduce circunstancias históricas ya pasadas como testimonios de estratos culturales ajenos a la religión oficial, en lo que el antropólogo Ángel Gari ha conceptualizado

como "ecología del imaginario trascendente". Otra, de orientación más sincrónica, trata de analizar con minuciosidad los símbolos y las relaciones que muestra la religiosidad popular en el mismo momento en el que se realiza su estudio. Ambas, seguramente con desigual fortuna, han tratado de seguirse a lo largo del presente texto.

El tiempo, tanto el vital de cada persona como el de las estaciones y los años en que puede dividirse la actividad productiva y social de cada localidad, era una dimensión en la que la religiosidad popular cumplía un papel fundamental.

El transcurrir vital de cada creyente venía marcado por los rituales sacramentales desde el bautismo a la unción de los enfermos, pasando por la comunión, la confirmación y el matrimonio. Todos ellos reúnen ciertas características de los "ritos de paso", aquellas prácticas que rodean los momentos claves del ciclo de la vida de las personas.

Por otro lado, el calendario litúrgico y festivo-religioso es el dinámico resultado del esfuerzo secular por parte de la jerarquía eclesiástica para establecer un poderoso instrumento de control sobre lo popular. Al mismo tiempo, por contra, su análisis nos muestra el apego que siguió manteniendo, a pesar de las disposiciones oficiales, en relación a los ciclos astrológicos, a los de la naturaleza y a los de la agricultura tradicional.

El espacio es la segunda dimensión que estructura la distribución de los contenidos del texto que sigue a continuación. En este nivel resulta especialmente llamativa la asumida identificación entre comunidad local y comunidad religiosa, que apenas contó con el paréntesis de dos años en la porción comarcal que quedó dentro del bando republicano durante la Guerra Civil. Esta equivalencia entre "pueblo" y "parroquia" conllevaba una cierta equiparación entre los dos representantes oficiales de ambas comunidades, el alcalde y el cura, a los que se sumó con importancia variable la labor a favor de la religión que desarrolló durante mucho tiempo la figura del maestro o maestra. Y eso que, al menos a lo largo del siglo xx, cabe preguntarse si esa identificación llegó a ser tan real como oficial a tenor



Matrimonio. Sariñena. Año 1910



Procesión en honor al patrono Santo Ángel Custodio. Sena. Año 1945



Procesión de Santo Domingo. Villanueva de Sijena. Año 1965

de las cifras de incumplimiento pascual que, hacia 1930, había alcanzado significativos porcentajes de entre el 30 y el 40 % en localidades como Monegrillo, Perdiguera y Leciñena. Esta equivalencia, asimismo, explica parcialmente el hecho de que las relaciones entre comunidades locales se establecieran de manera preferente mediante romerías y ermitas interlocales, a través de las que se trataba de ritualizar lo conflictivo de manera positiva.

En última instancia surge la figura del santo o virgen como mediador principal entre la divinidad y los habitantes de Los Monegros. Llama la atención en este sentido, entre los relatos recogidos de la memoria oral, la práctica ausencia del propio Dios cristiano frente a la densidad y complejidad que presentan las figuras de santos y vírgenes. Esta concepción instrumental de las figuras sagradas no resulta sin embargo en absoluto anecdótica o superficial pues, a pesar de ser consideradas secundarias por la Iglesia oficial, han constituido un papel fundamental en la conformación de cada una de las identidades correspondientes a los niveles comarcal, local, infralocal e incluso personal en toda la comarca. Y es que es a través de esta identificación con cada santo o virgen como se ha ido gestando la necesaria legitimación sobrenatural de cada una de las unidades territoriales o grupos humanos en que los propios habitantes de Los Monegros se han visto reflejados en los últimos siglos.

No es posible dejar de nombrar, por último, la existencia de aquellas religiosidades periféricas o antagónicas que, aunque de manera excepcional, estuvieron presentes en la sociedad tradicional monegrina como la minoría de confesión evangélica en Lalueza o las contadas familias ateas o "contrarias a la Iglesia" como la de los Sixtos en Leciñena.

## Lo religioso en el ciclo de la vida

A lo largo de la vida de las personas que han habitado Los Monnegros había determinados momentos claves y difíciles en los que la presencia de unas prácticas muy concretas de religiosidad popular resultaba determinante para facilitar esas transiciones. Eran momentos decisivos no solo en el desarrollo de la propia identidad personal sino, como no podía ser de otra manera, en relación al afianzamiento del papel y posición de cada persona en el complejo entramado de la comunidad local. Nacimiento, muerte, matrimonio y otros ritos de paso en la infancia y la adolescencia, eran circunstancias vitales en las que lo religioso cumplía un papel catalizador aunque, muchas veces, pudiese compartir su lugar con otras prácticas de carácter más profano. Además, la importancia de estos momentos que trataban de garantizar no solo la continuidad de la vida humana sino también del sistema social existente, puede explicar el especial celo y control sobre ellos que prestaba la Iglesia oficial a través de la presencia o actividad de su representante en la localidad: el sacerdote.

Ya antes del nacimiento, en la misma intención de facilitar la realización práctica de la fecundidad femenina, se tiene constancia de que al menos hasta comienzos del siglo xx era habitual que al poco de haber contraído matrimonio la novia acudiera a una ermita concreta con el objeto de propiciar la concepción. En Peñalba los mismos novios acudían a la ermita de Santa Quiteria al finalizar la ceremonia de la boda para pisar una cruz de ladrillos situada en el centro del suelo del edificio, y en Farlete lo hacían sobre un ladrillo situado en el centro del camarín de la Virgen de la Sabina. En Alberuela de Tubo era la novia quien se acercaba uno de los nueve días siguientes a la boda hasta la ermita de Nuestra Señora del Castillo en

torno a la que debía dar dos vueltas para ponerse en condiciones de "pisar el ladrillo", y si al año de la boda la recién casada todavía no había dado a luz o se había quedado embarazada, volvía al santuario durante nueve días.

El momento del nacimiento no era especialmente denso en prácticas religiosas pues estas se concentraban en el bautizo, considerado como un verdadero nacimiento del nuevo miembro de la comunidad siguiendo con fidelidad los preceptos de la Iglesia católica. A pesar de ello, y dada la dificultad y los riesgos propios de un parto, que tenía lugar de manera invariable en la cama del propio dormitorio de la casa, no faltaban las invocaciones y rezos para propiciar su buen resultado. En Alberuela de Tubo había costumbre de que la mujer embarazada tomase las llamadas "cédulas de la Purísima", unas estampas con un breve rezo en latín que proporcionaban las monjas capuchinas a quienes si el parto había sido bueno se les acostumbraba a gratificar con una limosna. En Pallaruelo, en Sena, y seguramente en más lugares, las mujeres de la familia o vecinas de la parturienta que se habían juntado en su casa rezaban oraciones a San Ramón Nonato para que fuera bien el parto y también era frecuente que colocaran en la habitación alguna imagen de San Ramón o de algún santo de devoción en la familia para pedir su protección.

Además, si el nacimiento se producía en domingo se pensaba que el niño o niña podía tener un "don" o facultad especial.

No se dejaba transcurrir mucho tiempo entre el momento del nacimiento y la celebración del bautizo pues se tenía conciencia de que el recién nacido todavía no formaba plenamente parte de la comunidad. De esta manera, si moría en esos momentos, su alma no podría acceder al descanso eterno pues permanecía en el limbo, no se le celebraba funeral y su cuerpo no podía ser enterrado en la tierra sagrada del cementerio católico. Por eso el bautismo se celebraba el mismo día del nacimiento en algunos casos y nunca más allá del tercer día de vida del recién nacido. A partir de las décadas de 1950 y 1960 este plazo se vio ampliado hasta los ocho días después del parto. De cualquier manera, la primera vez que el bebé salía de casa era siempre para "cristianarse".

Bautizo. Montesusín. Año 1968



La ceremonia del bautizo era sensiblemente diferente a la que conocemos en la actualidad, entre otras cosas porque en ella siempre faltaba la madre, que permanecía convaleciente en su casa de la que no podía salir durante los 40 días posteriores al ser considerada impura. La principal figura del bautizo, además del sacerdote, la ocupaba antiguamente la madrina, que solía ser una de las abuelas aunque tiempo después se generalizó la figura de los dos padrinos, pudiendo ser los abuelos o tíos del recién nacido. La madrina o algunos familiares solían llevar una toalla, una jarrica y, según recuerdan en algunos pueblos, también una vela. Durante el camino hacia la iglesia del pueblo podía ser la comadrona del parto, llamada comadre o partera, quien portase al recién nacido. Ya en el templo era la madrina quien sostenía al niño en brazos sobre la pila bautismal mientras el sacerdote le impartía el sacramento. El agua utilizada tenía carácter sagrado y, al menos en La Almolda, se reservaba para este momento la que se había bendecido el día de Sábado de Resurrección.

Un elemento simbólico de cierta importancia era el vestido del niño o niña, que recibía el expresivo nombre de "traje de cristianar", siempre de color blanco o crudo. Solía estar compuesto por tres capas superpuestas a modo de sayas adornadas con puntillas y bordados, y la cabeza se cubría asimismo con un gorrito de la misma tela blanca. Había tradición de guardar este faldón para que fuera empleado por todos los hermanos e incluso primos y se iba pasando de generación en generación, aunque en el caso de las familias más pobres podía confeccionarse una versión más humilde o pedirlo prestado. Por debajo tenía también un par de pañales de diferente finura que se sostenían mediante una faja en la que solía colocarse alguna medalla o escapulario, lo que parece ser el último testimonio de una práctica habitual hasta finales del siglo XIX que consistía en adornar el traje de cristianar con una "rastra" o conjunto de joyas y reliquias para protección simbólica del recién nacido.

Durante el bautizo se asignaba un nombre de manera pública y oficial al nuevo miembro de la comunidad. Era bastante habitual que el nombre elegido fuera el del santo del día de nacimiento, o el mismo de la madre o el padre sobre todo en los hijos varones primogénitos



Traje de cristianar. Sariñena. Año 1930



Pila bautismal. La Almolda

con el fin de dar continuidad al nombre del heredero de la casa, o muchas veces el de algún familiar fallecido recientemente al que así se recordaba y homenajeaba. Tampoco era raro que el nombre fuera compuesto por una combinación de dos de las opciones ya recogidas. En cuanto a la intervención en este apartado del sacerdote, se recuerdan algunos casos en los que después de inscribir al recién nacido en el Registro del Ayuntamiento con un nombre, al llegar al acto del bautismo, el sacerdote añadía el nombre del santo del día, o bien cambiaba el nombre elegido por considerarlo inadmisibles por la religión católica. En Sena se tiene memoria del curioso caso de un sacerdote llamado Miguel que durante el período de su ejercicio en la localidad, a finales de los años 50 del siglo xx, añadió su nombre a todos los niños varones a los que bautizaba. También se recuerda otro sacerdote, de Peñalba, que añadía el nombre de su madre a todas las niñas bautizadas. Por contra, en algunas localidades de la zona republicana durante la Guerra Civil fue habitual que los niños recibieran nombres ajenos al santoral como Floreal para los chicos o Libertad y diversos nombres de flores para las chicas.

Al final de la ceremonia religiosa, los padrinos disponían de un momento de lucimiento al salir de la iglesia pues era costumbre que aprovecharan para arrojar a la calle almendras y nueces si la familia no tenía grandes posibilidades, o peladillas, caramelos y abundantes dulces e incluso monedas si se trataba de una de las familias ricas del pueblo, animándose a tomar parte en el reparto en este caso no solo los niños y las mujeres sino también los hombres. Con el regocijo de la chiquillería, era habitual que los niños cantaran una extendida cancioncilla que animaba a que les echaran más dulces: "Bautizo cagau, que no me han dau, si cojo al crío, lo tiro al tejau".

Pero no solo era necesario presentar al nuevo miembro de la comunidad mediante el rito del bautismo ya que algo similar ocurría con la propia madre. Esta, para librarse de su "impureza" durante la cuarentena posterior al alumbramiento, debía ocupar su primera salida de casa en asistir en la iglesia a lo que en Alberuela de Tubo llamaban la "misa de parida" y que en algunos pueblos como Robres y Sangarrén solía estar dedicada a San Ramón Nonato. A esta misa, la madre solía acudir con su hijo y acompañada por las vecinas o sus

otros hijos, pero nunca por su marido o por otro hombre. Resulta significativo que el ritual de la ceremonia marcaba que el cura saliese a recibirles a la entrada de la iglesia desde donde les daba una bendición. Esta escenificación del retorno de la madre a la comunidad religiosa local podría relacionarse además con el episodio de la Presentación de Jesús en el Templo según aparece en el Evangelio de San Lucas.

Esta celebración, con antiguos orígenes vinculados al uso de luces y velas, conecta asimismo con el hecho de que en algunos pueblos como Pallaruelo o Sena se tuviese la costumbre de que el día de la Candelera, 2 de febrero, el sacerdote diese la bendición en misa a las mujeres que había dado a luz los últimos meses. Ese mismo día, algunas madres recorrían las capillas de la iglesia y apoyaban a los niños en cada uno de los altares buscando con ello la protección de los santos. También en Sena solían llevar a los niños que habían nacido durante el año anterior a la novena de la Virgen del Carmen para recibir la bendición.

Hacia el momento central de la etapa infantil, la celebración de la Primera Comunión tenía un marcado carácter religioso a modo de entrada definitiva en la comunidad mediante la inclusión entre los iniciados en el principal sacramento cristiano, la Eucaristía. Se trataba de un acto serio y ceremonioso, realizado completamente en latín, y al que se llegaba después de haberse aprendido el catecismo de memoria mediante la catequesis impartida por el sacerdote. En este acto, asimismo, se remarcaba la pureza de espíritu necesaria para recibir el Cuerpo de Cristo con la obligación de guardar ayuno al menos desde las 12 de la noche del día anterior. Para su celebración se escogía el día de la Ascensión, que solía situarse hacia el mes de mayo.

La edad para comulgar se situaba entre los 8 y los 10 años y, aunque comulgaban a la vez chicos y chicas, lo hacían siempre separados por filas o grupos dentro de la iglesia. También quedaba bien señalada la diferencia de género en la indumentaria, pues si la de las chicas era en lo ideal un vestido, de color blanco y con velo o tocado en la cabeza, los niños podían utilizar americana y pantalón o hasta

Primera Comunión. Sariñena. Año 1930





Primera Comunión. Montesúsín. Año 1961

vestirse de marineros en las familias más pudientes. Podían acompañarse también de diversos objetos religiosos como un rosario o un misal con tapas de nácar. En alguna localidad se recuerda que antiguamente solían llevar sobre el pecho o atada a uno de sus brazos una cinta rematada por flecos dorados y en la que se había bordado la figura de una custodia o cáliz.

La dimensión de acto social de esta ceremonia parece que en un principio era exclusiva de las familias más pudientes que, ya a comienzos del siglo xx, convertían este día en una presentación pública de sus infantes vestidos con sus mejores galas. A un nivel más popular, lo festivo del día se reducía al chocolate con el que el sacerdote invitaba a todos los comulgantes después de la ceremonia y que, posteriormente, desapareció al generalizarse las fiestas de comunión en las que participaba la familia y con las que comenzaron a llegar los primeros regalos. Lo que sí era práctica habitual era que quienes acababan de comulgar visitasen las casas de familiares y vecinos solicitando un pequeño donativo que iban guardando en su limosnera.

También el mismo año, quienes había recibido la primera comunión tenían un papel preferente en la festividad que la Iglesia católica dedica a celebrar la presencia del cuerpo de Cristo en la Eucaristía, el Corpus Christi, celebrado justamente 20 días después de la Ascensión. Ese día se celebraba la llamada Segunda Comunión, en la que los niños volvían a vestirse de gala y acompañaban en procesión al cura que, bajo palio, portaba la custodia o cáliz con la forma sagrada. Todos los niños llevaban "capacicos" con pétalos de flores que iban arrojando especialmente en las paradas que hacía la comitiva delante de algunos altares adornados que se levantaban en calles y plazas para realizar diversas oraciones.

Después del bautismo y la eucaristía, la Confirmación es el tercer sacramento de la iniciación cristiana y tiene el sentido de confirmar la admisión de quien lo va a recibir en el seno de la Iglesia por parte del obispo como representante del Papa en la diócesis correspondiente. Este sacramento solía recibirse antiguamente a edad temprana, con una misa mayor y sin ninguna celebración particular. Tampoco era raro que se juntasen en la ceremonia niños de edades

desde los 4 hasta los 17 años debido a lo excepcional de la visita del obispo, hasta tal punto que se tiene noticia de que a finales del siglo XIX un obispo administró la confirmación en Sariñena a 525 niños durante una sola jornada. En estas ocasiones, se le preparaba un recibimiento excepcional al obispo con todo el pueblo adornado y saliendo a recibirle hasta la misma carretera. Un dato de interés es que, durante esta ceremonia, el conjunto de niños y niñas a confirmar contaban con la figura de los padrinos, que eran ocupados normalmente por el alcalde y su esposa. En alguna localidad, sin embargo, la madrina de los confirmandos era siempre una mujer de una de las casas importantes del pueblo, tal como sucedía en Alcuierre con Casa Ruata o en Lanaja con Casa Bastarás.

Para la inmensa mayoría de los monegrinos y monegrinas, con la etapa de la juventud llegaba el momento de formar una familia. Para ello, debían emparejarse y pasar por el rito del sacramento del Matrimonio. A través de él, la Iglesia sancionaba la institución a la que se le suponía el deber de procurar los cuidados necesarios para garantizar la continuidad de la familia y, en última instancia, de la propia comunidad. Algunas excepciones a esta norma eran los hombres que se dedicaban a la carrera eclesiástica y las mujeres que decidían ingresar en una orden religiosa, según recuerdan en alguna localidad, debido a haber sufrido algún desengaño amoroso o por haber sido rechazadas por el mozo al que pretendían.

Este rito del emparejamiento formal estaba antiguamente rígidamente reglado por la propia Iglesia y para llegar a buen fin había de cumplir algunos requisitos que se compaginaban con otros ritos de origen más popular aunque admitidos por la autoridad religiosa. Dada la elevada endogamia de la sociedad tradicional monegrina, por la que era corriente que casaran parejas unidas por lazos familiares más o menos lejanos, era muy habitual la necesidad de pedir la "dispensa" para la realización de un matrimonio. La dispensa era un requisito previo para la celebración religiosa de la boda si se iba a contraer entre primos hermanos o primos segundos y consistía en pedir a través del sacerdote de la parroquia una autorización al obispo que normalmente era concedida.



Confirmación. Poleñino. Año 1959

Otro requisito previo a todo matrimonio que pasaba por la intervención del párroco local era el de las amonestaciones. Se realizaban durante los tres domingos previos a la fecha de la boda y consistían en la petición que realizaba de manera pública el mosén sobre si alguien conocía algún impedimento para la consumación del próximo enlace. Era tradición que durante esos tres domingos los novios no asistieran a misa y que la novia no saliera de casa o, si lo hacía, que fuera acompañada de otra mujer de confianza. Antaño era práctica habitual un segundo anuncio del acontecimiento, el día posterior a la primera amonestación, cuando una persona allegada a cada una de las dos familias iba pasando por las casas de los familiares y vecinos para dar noticia de la próxima boda. También se tiene noticia de que antiguamente este anuncio, y el consecuente recibimiento de las felicitaciones de costumbre, no se realizaba hasta después de la segunda amonestación, posiblemente como medida de prevención.

El momento del año preferido para la celebración de las bodas, debido al tiempo más apacible, era la primavera y sobre todo el otoño o “sanmiguelada”, entre octubre y diciembre, ya que posibilitaba el haber dejado atrás algunas importantes tareas agrícolas como la siembra de los cereales.



Foto de boda. Capdesaso. Año 1907

De manera tradicional, la novia vestía de negro y llevaba guantes, pero a partir de la década de 1950 se generalizó el color blanco en su indumentaria. Los hombres vestían de traje oscuro, con corbata, camisa blanca y zapatos negros.

La ceremonia se iniciaba en la puerta de la iglesia cuando el sacerdote les formulaba a los novios unas preguntas sobre el Catecismo. A continuación pasaban al interior. Una vez allí, según recuerdan en Castelflorite, el cura remarcaba la condición de por vida del vínculo matrimonial colocando sobre el cuello de los contrayentes un "jubo" o yugo, y seguidamente se procedía a la celebración de la misa. También en Castelflorite y en Senés de Alcubierre, cuando los novios estaban en el altar, una mujer se colocaba detrás de ellos y juntaba los trajes de ambos para evitar que "los embrujaran después de casados".

A la iglesia se llevaban asimismo las arras, dos o tres tartas de bizcocho y cubiertas de merengue. En prácticamente todos los pueblos, una de ellas era para el propio sacerdote mientras las restantes se guardaban para la familia o se repartían entre los invitados a la comida de la boda.

Una antigua costumbre, documentada en Alberuela de Tubo y Castelflorite, es que cuando los novios pronunciaban el "sí quiero" y al salir de la iglesia, algunos jóvenes del pueblo denominados "escopeteros" realizaban sonoros disparos al aire en señal de regocijo y homenaje.

En algunos pueblos se les reservaba también cierto papel a las "mairalesas" del año en las ceremonias de matrimonio. Las mairalesas, mujeres encargadas del cuidado de la iglesia y de ayudar en ciertas prácticas devocionales, les daban a los novios un ramo de flores y les recitaban alguna poesía en la que se nombraba a la Virgen como protectora de la unión matrimonial, bien a su llegada a la iglesia o bien una vez finalizada la ceremonia.

El destino final del ramo que solía llevar la novia era muchas veces la propia iglesia con el objetivo de lograr la protección para el nuevo matrimonio.

En ciertos casos, el sacerdote seguía teniendo un puesto principal una vez acabado el ritual religioso ya que presidía la mesa du-



Foto de boda. Albalatillo. Año 1948



Salida de la boda. Sariñena. Año 1960

rante el banquete colocándose a un lado de los recién casados mientras al otro lado se situaban los padrinos.

En el otro extremo del puesto ocupado en el ciclo de la vida por el nacimiento, y de nuevo con una densa presencia de lo religioso, el momento de la muerte incluía una serie de prácticas que procuraban por un lado mitigar la dificultad del momento para la propia persona en trance de fallecer así como para sus allegados, y por otro asegurar y dar continuidad a las estructuras culturales y sociales en las que individuo y sociedad se habían formado y, ellos mismos, habían contribuido a formar.

Debido a la característica norma del derecho civil aragonés, instituida ya formalmente a mediados del siglo XIII, la presencia del sacerdote tenía un lugar primordial en el mismo momento de la redacción del testamento ya que lo más habitual era realizarlo en su presencia y el derecho foral le daba la misma validez que al otorgado ante notario. Incluso se consideraba una rutina propia de la operación de testar el preguntar al testador si dejaba algún bien para el Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza, o para alguna obra benéfica aunque, según se testimonia en Alberuela de Tubo a comienzos del siglo XX, raro era el caso en que estos legados piadosos llegaban a concretarse en el documento testamentario.

Cuando había una persona enferma de gravedad o en situación terminal, se llamaba al sacerdote para que le llevara el Viático y le administrara el sacramento de la Extrema Unción, denominado popularmente "la unción". El sacerdote se vestía con la sotana, el "roquete" blanco y la estola morada y caminaba hacia la casa del enfermo acompañado de un monaguillo que realizaba el característico toque de campanilla para animar a familiares y vecinos a incorporarse al pequeño cortejo. Más antiguamente, al menos en Alberuela de Tubo, se tocaba previamente un toque especial de campana que convocaba al vecindario para que el viático tuviera "el mejor acompañamiento posible". Ya en el domicilio del enfermo, el sacerdote le administraba la eucaristía o viático así como el sacramento de la Unción de los Enfermos haciéndole una señal de la cruz

sobre la frente con aceite bendecido y untándole asimismo en otros puntos concretos del cuerpo como los oídos, el pecho, las manos y los pies. El significado último de este sacramento era el de proporcionar a la persona que lo recibía una gracia especial para fortalecerlo y prepararlo para el posible trance de la cercana muerte. Si continuaba la enfermedad, esta extrema unción ya era la definitiva, pero si el enfermo lograba recuperarse, volvía a ser necesario efectuar otra en caso de recaída.

Una vez que se había producido la muerte, alguna mujer con experiencia se ocupaba de amortajar el cadáver vistiéndole con sus mejores ropas. Por ello, los hombres iban con traje, a veces el mismo que llevaron el día de la boda debido a ser el único que habían tenido en toda su vida. En Sena, a algunos difuntos no les ponían zapatos, dependiendo de la decisión de cada familia, pues se afirmaba que "calzados no entran al Cielo". El cadáver se colocaba dentro del ataúd y encima de una mesa que se había cubierto con una sábana blanca o una bonita toalla, con un crucifijo en la cabecera y velas encendidas. Por detrás se extendía una sábana blanca en la pared. Si el fallecido era hombre se le ponía un crucifijo sobre el pecho y, si era mujer, un rosario o un escapulario de la Virgen del Carmen cogido entre las manos.



Entierro. Sena. Hacia mediados del siglo xx



Cementerio. Marcén

De esta manera y durante toda la noche se desarrollaba el velatorio en el que familiares, vecinos y amigos acompañaban a la familia ayudándole a pasar el difícil momento y, en última instancia, cumpliendo un rito de fortalecimiento de lazos mutuos de apoyo hasta el punto de que, en algunas ocasiones, esos momentos podían suponer el punto final de la enemistad entre la familia de la casa y otra de la localidad.

La velada tenía un doble carácter religioso y profano. Lo habitual antes de cenar era que se rezase un rosario en el que alguna mujer del pueblo iba diciendo las letanías, tarea que realizaba de manera desinteresada y siempre que le era pedida. Este rosario podía ser el primero de tres o nueve rezos posteriores, que tenían lugar en días consecutivos en la iglesia y en los que solo participaba la familia del difunto. De manera paralela, durante toda la noche se producía un acto de gran relevancia social puesto que muchas personas permanecían en la casa hablando, comiendo y bebiendo gracias a que los familiares iban sacando diversos productos como galletas, embutidos, café, caldo o vino. Este acto de sociabilidad comunitaria con motivo de la muerte de una persona parece encajar en la llamada "teoría del don", según la cual es común a muchas culturas el dar o regalar cosas a la espera de recibir a cambio otros bienes intangibles.

Al día siguiente se trasladaba el cuerpo hasta la iglesia y allí se celebraba la misa de funeral o "misa de difuntos" en la que un grupo de hombres entonaba diversos cantos sagrados en latín. La comitiva que recorría el tramo entre la casa del fallecido y la iglesia, y entre la iglesia y el cementerio, había de cumplir un cuidadoso protocolo. En primer lugar avanzaba el sacerdote ataviado con su capa pluvial y acompañado de varios monaguillos con una cruz y agua bendita, a continuación iba el féretro portado a hombros, después los familiares más allegados y por último el resto de asistentes. En algunos pueblos había costumbre además de acompañar el cortejo fúnebre con velas encendidas. En otros pueblos como Sena, no era habitual que las mujeres acompañasen al féretro o, si lo hacían, se situaban al final de la comitiva. A comienzos del siglo xx todavía en algunas localidades había costumbre de contratar varias mujeres que se

cubrían por un velo negro e iban llorando detrás del cadáver, análogas a las que no podían faltar en cualquier entierro de época romana.

El féretro era de madera y color negro, de diferente calidad según fuera la capacidad económica de la familia. Las familias más humildes hacían uso del "escaño", unas sencillas andas o parihuelas de tela. El ataúd se llevaba siempre de manera que los pies del fallecido quedaran por delante y su cabeza por detrás. Lo más habitual era que quienes portasen el féretro fueran hombres de la familia, amigos o muy allegados. Si quien había muerto era un niño o una niña, se encargaban de portar el cadáver algunas chicas de la familia y la caja era de color blanco. Y si el fallecido pertenecía a una cofradía, eran otros cofrades quienes lo llevaban a hombros. En Albalatillo, tanto para portar los féretros como para excavar la sepultura llevaban un sistema de turnos que trataba de igualar en esta responsabilidad a la totalidad del vecindario: "se comenzaba por las primeras casas del pueblo y les tocaba a unos cuantos cada entierro hasta terminar la lista y luego vuelta a empezar".

Para la celebración de la misa de funeral era necesario pagar determinada cantidad al sacerdote, lo que a veces se podía hacer en especie entregando por ejemplo "una anega de trigo" o "un cuartal de trigo, un jarro de vino y un sinnúmero de cerillas encendidas". En Peñalba el reparto lo hacía la familia a todos los asistentes de manera previa a la misa, en forma de una "perrica" que después, al pasar a besar la estola del cura, había que depositar en una bandeja.

Estas ceremonias del funeral y el entierro o "intierro" eran además un momento propicio para realzar ciertas señales de distinción de la condición socioeconómica propia de cada familia. Así, se contemplaba la posibilidad de celebrar funerales de tres categorías diferentes: de 1.<sup>a</sup>, de 2.<sup>a</sup> y de 3.<sup>a</sup>. En función de estas categorías, y del coste que suponían, la ceremonia era celebrada solo por el párroco del pueblo o por hasta tres sacerdotes y se hacía una, varias o ninguna parada durante el recorrido para rezar un padrenuestro y un responso. Incluso el cura podía abandonar el cortejo antes de llegar al cementerio en los entierros de 2.<sup>a</sup> y de 3.<sup>a</sup>.

Antiguamente, la asistencia al sepelio era de carácter obligatorio para todos los vecinos de manera que, tal como aparece documen-



Lápida del cementerio viejo. Robres



Lápida de cerámica. Lastanosa

tado en Alberuela de Tubo a comienzos del siglo xx, al que no asistía "se le anota falta y en un día determinado se le obliga al pago de la multa establecida de antemano".

Ese mismo día del entierro, la familia del fallecido invitaba a comer a los familiares, tanto a los que residían en el propio pueblo como a los que acudían de fuera, y también se convidaba al sacerdote. El menú típico se componía de judías blancas, carne de cordero, y de postre se servían almendras tostadas. En La Almolda, antaño, solían hacer comidas sobre las tumbas o junto a ellas.

A partir de ese día, algunas familias encargaban las "gregorianas", unas misas que se le dedicaban a la persona fallecida durante 30 días consecutivos de tal manera que, si no era posible celebrarlas en el pueblo, se encargaban en la iglesia de alguna ciudad. Esta costumbre todavía es practicada por ciertas familias en alguna localidad como Sena. Otras veces la familia costeaba una misa de recuerdo una vez al mes durante el primer año. De manera general, cuando había transcurrido este período, se celebraba la misa de aniversario en memoria del difunto a la que acudía toda la familia y la mayor parte de los vecinos del pueblo. Durante esta celebración, en Farlete recuerdan que se colocaba en la parte de atrás del interior de la iglesia un armazón a modo de sarcófago cubierto con un paño negro especial para la ocasión y, alrededor de él, se encendían unos cirios sobre una madera. Esta misa podía significar además la finalización del luto aunque normalmente se podía mantener en diversos grados hasta tres, cuatro o más años.

## El año litúrgico y festivo

La celebración de la Nochebuena, muy cerca del solsticio de invierno, estaba protagonizada en Los Monegros por el tizón de Navidad, un ritual que más bien tenía carácter privado y no era explícitamente religioso en muchos de los casos. Su sentido último parece conservar algunos rasgos del culto al fuego del hogar y, de hecho, su práctica siempre fue vista por la Iglesia como un rito pagano aunque, como recuerdan en Bujaraloz, Lanaja o Sangarrén, su sencilla explicación a nivel popular era la de "dar calor al Niño". Este ritual consistía en escoger un grueso tronco de madera que se ponía en el fuego y que, en algunos pueblos, debía ir consumiéndose poco a poco para que durase todo el periodo navideño. Su nombre más difundido es el de tizón de Navidad o de Nadal, pero también se conoce como cabirón (Robres), tronco (Alberuela de Tubo, Lanaja, Peñalba y Villanueva de Sijena), tronca (Poleñino), toza (Pallaruelo, Sangarrén y Sariñena), zueco (Leciñena) o zueca (Bujaraloz).

En tierras monegrinas coexisten las dos variantes del rito que se conocen en Aragón. En la primera, menos abundante pues se ha documentado hasta ahora solo en Fraella y La Almolda, el varón de más edad de la casa consagraba o "bautizaba" el tronco al rociarlo tres veces con el vino del porrón formando una cruz. La segunda tenía un sentido más lúdico y consistía en que los niños de la casa golpearan el tizón con palos o con las tenazas del hogar hasta que veían, pasmados, cómo de su interior salían turrónes y golosinas como almendras, castañas e higos. El golpeo del tronco solía estar acompañado por fórmulas o cancioncillas para animarle a sacar sus productos como "tizón caga turrón, si no, te doy un coscorrón" (Castelflorite y Sena), "cabirón, cabirón, caga turrón" (Robres), "tronco Nadal, caga turrón de mazapán" (Peñalba y Villanueva de Sijena), "caga toza" (Sariñena) o "toza de Nadal, caga turrón y picha mim-

brán" (Pallaruelo). En algunos pueblos como Lanaja o Sangarrén se ponía énfasis en que los mayores aprovechaban para tirar caramelos y turrónes cuando las chispas que saltaban del tronco despidaban por un momento a los pequeños.

En Robres o Alberuela de Tubo, asimismo, se practicaba una solución mixta en la que primero se bautizaba el tizón y luego cagaba dulces y frutas.

Otra práctica relacionada con el fuego que tenía lugar esa misma noche en Robres o Sangarrén era quemar el cubo de una rueda de carro, habiéndole quitado antes los radios de manera que saliese el fuego por cada uno de sus agujeros.

Pasando del ámbito doméstico al público, el acto por excelencia de la Nochebuena en la práctica totalidad de los pueblos monegriños era la celebración de la Misa del Gallo a las 12 de la noche. Además de ser especial por su horario de celebración, esta misa podía presentar otras singularidades en las que cobraban cierto protagonismo niños y pastores, estos últimos en recuerdo de haber sido quienes primero llegaron al portal de Belén para adorar al Niño Jesús. En La Almolda por ejemplo, había tradición de que los chicos



Adoración del Niño Jesús. Robres.  
Año 2005

que acudían a esta misa se pusieran la chaqueta del revés. En Castejón de Monegros, Pallaruelo o Sena, los pequeños hinchaban vejigas de cerdo provenientes de la reciente matacía y, durante la consagración de la misa, las aplastaban con fuerza para producir un gran ruido. En la zona noreste de la comarca, los niños soltaban pájaros en el interior de la iglesia que quedaban revoloteando por sus alturas, pero en alguna localidad esta práctica dejó de hacerse hacia el año 1970 "porque no le parecía bien al cura". En Poleñino y Senés de Alcubierre, los pastores asistían a la misa con algunos de sus cordeles. En Monegrillo era tradición que la familia de los pastores se trasladase a un corral del monte para pasar la noche junto a él.

Otra costumbre propia de estos días, la colocación del belén, solo era practicada en la comarca hasta la década de 1960 por algunas de las casas más pudientes aunque a partir de ese momento se volvió habitual en muchos hogares.

La misa del día de Navidad era una de las más concurridas del año y, en ella, uno de los actos centrales era la adoración de la figura del Niño Jesús a la que se pasaba a besar con gran devoción.

El 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes, se recuerda en toda la comarca como la jornada en la que se gastaban bromas ingeniosas o tradicionales entre las que cabe destacar la costumbre de entrar sin permiso en el patio de las casas ajenas y arrojar sobre el suelo una pieza de barro cocido para crear un gran estruendo que alarmara a los habitantes de la casa. En Monegrillo era tradicional hacerlo el día siguiente 29, por lo que era conocido como el "día de los tiestos".

El día de Año Nuevo los niños pasaban por las casas pidiendo el "cabodaño", pero esa jornada tampoco tenía una clara connotación religiosa. Tampoco era muy festejado el 6 de enero, día de los Reyes Magos, aunque era habitual que los niños dejaran un "capacico" de cebada en la ventana para que los camellos de los reyes se alimentaran, en espera de pocos y sencillos regalos. Sí que estaba extendida sin embargo la broma que solían hacer los mayores al decirles a los niños que tenían que ir a esperar a los Reyes Magos a la salida del pueblo, con la camisa o "faldeta" mojada y una caña verde en una mano.



Caseta de pastores en el Corral de Comenge. Monegrillo



Hoguera de San Fabián. Robres. Año 2005



Hoguera festiva. Sena. Hacia 1920

La llegada de la estación invernal venía acompañada del periodo festivo presidido por la realización de hogueras al anochecer de la víspera de ciertas fechas celebradas. Estas hogueras eran un agradable motivo de encuentro entre vecinos, unas veces los de todo el pueblo y otras en función de la calle donde se vivía o la cuadrilla de familia y amistades a la que se pertenecía. En algunos pueblos se celebraban hogueras en fechas más tempranas: en Monegrillo el 29 de septiembre, San Miguel; en Poleñino el día del Pilar; en Huerto el

4 de diciembre, Santa Bárbara; en Peñalba y Perdiguera el día 13, Santa Lucía, y en La Cartuja de Monegros la Nochebuena. Pero el punto de arranque más concurrido de este periodo era la víspera o el amanecer del 17 de enero, San Antón, poco después de haber realizado la matacía del cerdo por lo que, en Sena, solían cantar "la huguera San Antón, en un rincón, el que no mate tocino, no comerá morcillón".

Ese día se consideraba festivo pero solo para las caballerías, por lo que se aprovechaba para realizar otro tipo de labores agrícolas en las que no se necesitaba su ayuda como picar la viña o hacer leña. En Robres recuerdan como lección a una caballería que estaba trabajando ese día y se le quebró una pata por accidente.

En algunos pueblos, se llevaba a misa pienso y granos de trigo que se bendecían y se daban a las caballerías. Lo más habitual era reunir todos los animales de labor en un punto concreto del pueblo, engalanados con campanillas y cintas, donde el sacerdote los bendecía rociándolos con agua bendita. Antes o después existía asimismo la costumbre de dar con ellas una o tres vueltas al pueblo. En Torres de Barbués se daban tres vueltas a la iglesia con las caballerías y con este acto ya se consideraban bendecidas. En Farlete, los hombres salían al galope por todo el pueblo, y en Castejón de Monegros y La Almolda los niños recorrían las calles arrastrando unas latas sujetas por una cuerda y armando un gran estruendo.

El día 20 del mismo mes se celebraba San Fabián, San Sebastián o ambos santos a la vez, y de nuevo la víspera se realizaban hogueras en muchos pueblos monegrinos. En Sangarrén unos decían "viva San Fabián", otros respondían "viva San Sebastián" y todos terminaban gritando "el que no diga ¡viva! que se le queme la barriga". En Sena era en esta fecha cuando los niños iban arrastrando hojalatones por las calles.

También se hacían hogueras la víspera de San Valero, 29 de enero, en Bujaraloz, Peñalba y Valfarta.

El 2 y 3 de febrero se celebraban dos festividades con un ritual prácticamente idéntico en todos los pueblos de la comarca. En la primera de ellas, la Candelera, se acudía a misa donde se recogían velas bendecidas que se guardaban para encenderlas en los días de



Caminando hacia la bendición del día de San Antón. Perdiguera. Año 1960

tormenta. El día 3, San Blas, se llevaban alimentos a misa donde eran bendecidos pues se consideraba que al comerlos la garganta quedaba protegida contra todo tipo de males. También estos dos días se encendían hogueras en Peñalba y, solo el segundo de ellos, en Robres.

Solo dos días después, el 5 de febrero, era general la festividad de Santa Agueda, que se integra perfectamente en este ciclo invernal con la realización de hogueras en varios pueblos y la presencia de un rito protector como el de la bendición de los pechos en La Almolza. Todo el resto de tradiciones vinculadas a este día, sin embargo, parece entroncar más bien con el Carnaval, la gran fiesta transgresora y ambivalente del mes de febrero y sin embargo tolerada por la Iglesia como preludio obligado a la etapa de abstinencia y recogimiento de la Cuaresma. O al menos así fue hasta que fue prohibida recién instaurada la dictadura franquista.

Como muchos otros días de fiesta, el de Santa Agueda comenzaba con un alegre repique de campanas, pero en esta ocasión no eran hombres quienes las hacían sonar sino las mozas y mujeres que durante ese día realizaban unas cuantas actividades reservadas habitualmente en el ámbito público a los miembros del género masculino: cantaban las coplillas, salían de ronda, sacaban a bailar en el baile y hacían “corridas” o carreras pedestres. En varias localidades, estas corridas tenían como premio especial un bizcocho circular y agujereado llamado “rosca” que suele estar vinculado en muchos pueblos aragoneses a celebraciones de ciertos santos y, más modernamente, al día de Reyes. En Torralba de Aragón, por ejemplo, se celebraba la popular corrida de las roscas nada más acabar la misa del Domingo del Rosario en octubre, y en Bujaraloz es una comida típica del día de la Virgen de Montserrat, el 8 de septiembre.

Otra actividad típica de ese día, que lo conectaba claramente con el extenso ciclo de carnaval, era la habitual costumbre de que las mujeres fueran disfrazadas. Incluso en Villanueva de Sijena se recuerda que algunos hombres se sumaban a la fiesta disfrazándose de mujeres. En general era un día en el que las mujeres se sabían poseedoras del espacio público local y, por ello, abundan las anécdotas en las que acababan dejando sin pantalones a un desconcertado forastero.

Coplillas de Santa Agueda. Huerto.  
Año 2005





Roscas de Santa Agueda. Grañén.  
Segunda mitad del siglo xx

Tal vez también con un sentido carnavalesco de propiciar la desaparición de lo viejo para favorecer la pronta llegada del nuevo periodo primaveral, pudiera tener que ver el juego que ese día después de misa o por la tarde realizaban las mujeres en Huerto, Lastanosa, Monegrillo y otros pueblos, conocido como el juego de la olleta. Este juego consistía en formar un corro y pasarse una olla de barro hasta que se caía y rompía, lo que provocaba el jolgorio de todas las participantes. Antiguamente se iban guardando las ollas viejas durante todo el año para este fin.

Unos pocos días después, el 9 de febrero, la festividad de Santa Apolonia cerraba el ciclo monegrino de las hogueras invernales con su celebración en Peñalba.

San José, festividad celebrada el 19 de marzo, era una fiesta que muchas veces solía estar incluida dentro del período de la Cuaresma debido a la variabilidad de fechas de esta última en función de su calendario que depende de los movimientos del sol y de la luna. Había localidades como Albalatillo y Bujaraloz en las que la obligación de "cumplir con parroquia" se concretaba ese día mientras en otros pueblos podía realizarse en la propia Semana Santa, durante la

llamada Semana de Dolor anterior a la Semana Santa en Sangarrén o en un día señalado como el de Reyes en Farlete. El nombre oficial de este acto era el "cumplimiento pascual" y derivaba de la obligación que establecía la normativa eclesíastica por la que todo fiel debía confesarse y comulgar al menos una vez al año. Esta obligación, especialmente para los varones, conllevaba la existencia de una jornada al año en la que después de la celebración de la misa el sacerdote tomaba nota de quiénes habían pasado a confesar y comulgar, y enviaba el listado correspondiente a la diócesis. Esta arraigada práctica desapareció a partir del Concilio Vaticano II y, en ella, el mosén solía poner una cruz a cada persona que había cumplido, por lo que también recibía el popular nombre de "cruzarse".

Los cuarenta días que duraba la Cuaresma constituían un largo periodo en el que el recogimiento y los sacrificios presidían la actividad religiosa. Entre ellos estaba la prohibición de comer carne, que podía soslayarse gracias a la compra de la bula o "dispensa", un permiso especial obtenido a cambio de un desembolso económico.

Este periodo era una preparación para los días festivos centrales de la religión católica, concentrados en la Semana Santa y en fechas no lejanas al equinoccio de primavera. El anticipo y contrapunto a esta semana sagrada era el Domingo de Ramos, que conmemoraba la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén para dar inicio a su Pasión. En este día se bendecían en la misa ramas de olivo junto a otras de laurel y almendro. En Peñalba, la planta tradicional para realizar este rito era el boj y lo mismo sucedía en Monegrillo para la decoración de las carrozas en la romería de San Benito. Una vez bendecidos, estos ramos o un fragmento de ellos se colocaban en puertas y ventanas para evitar la entrada de males al interior de la casa y se llevaban también a los campos de cultivo para protegerlos de los posibles daños de las tormentas. En La Almolda, como doble refuerzo de este último rito, se le daba forma de cruz a las ramitas antes de depositarlas en los sembrados y, cuando un segador encontraba una de estas cruces durante su faena, se detenía, rezaba una oración por el alma de los difuntos de los dueños del campo y todos sus compañeros bebían un trago de vino en su honor. También se recuerda la costumbre de quemar estos ramos la siguiente Nochebuena.

Niños con palmas del Domingo de Ramos. Sariñena. Año 1962



Era asimismo muy frecuente la procesión del Domingo de Ramos en la que desfilaban muy contentos los niños con ramos y palmas de los que se colgaban rosquillas, naranjas, higos secos y, pasadas por un hilo, pajaritas de maíz llamadas en la zona "pajaricas" o "pacharetas".

Al ser un periodo principal dentro del ciclo de las celebraciones religiosas católicas, durante la Semana Santa tenían lugar una serie de excepciones en la vida cotidiana que afectaban de manera obligada al conjunto de la población. No se podía cantar ni organizar bailes. Las tabernas estaban cerradas y no estaba permitido poner música en la radio ni hacer pública demostración de alegría. Estas excepciones suponían muchas veces un conflicto latente al menos para parte de los habitantes. Por ello se daban casos como el de Alcubierre donde de manera tradicional celebraban las fiestas pequeñas de cuatro días a partir del Sábado Santo y hubo años en los que el cura llegó a cerrar los bailes pues consideraba que estaba prohibido bailar en estas fechas.

Además, la propia liturgia y apariencia de la iglesia se adaptaba a estos días de recogimiento y silencio. Todos los santos se tapaban con telas moradas y negras y se retiraban de los altares todos los manteles y adornos. El Viernes y el Sábado Santo las campanas guardaban silencio y, para anunciar los actos religiosos, los niños recorrían las calles tocando carraclas y matracas de mano. Algunos pueblos como Peñalba disponían de una matraca o matracón de campanario con el que avisar a toda la población. A pesar de la seriedad de su cometido al anunciar los actos religiosos, los niños solían jugar a modificar las palabras de sus anuncios para lograr resultados jocosos que se perpetuaban por transmisión oral. Así, en Lanaja solían recitar: "¿Dónde está Dios? En Casa el Serós. ¿Dónde está el Diablo? En la chimenea Juan Mariano. A cogelo a matalo, pa mañana p'almorzar, y lo que quede pa merendar".

Los actos principales de la Semana Santa daban comienzo el Miércoles de Ceniza. Entre este día y el siguiente se montaba el "monumento" en el interior de la iglesia. El monumento era un altar temporal en el que se guardaba el sagrario con la eucaristía después de su traslado en procesión por el interior del templo. En Senés de

Procesión de Semana Santa. Grañén.  
Año 1962



Alcubierre, este traslado se llevaba a cabo durante la misa del Jueves Santo y, mientras tanto, los abuelos, los niños y todos los feligreses golpeaban con fuerza en los bancos y en los altares, provocando un gran estrépito en lo que se conocía como "matar los judíos". El monumento solía estar formado por un entramado de madera cubierto de telas y decorado con ramas, flores de almendro, espigas, velas y otras ornamentaciones. Entre estas destacaban las macetas con "cabbelleras", unas plantas de trigo que se habían hecho germinar en la oscuridad de las bodegas de las casas obteniendo unos largos tallos de color blanco. También solía colocarse un cestillo con pan y una jarra con vino simbolizando la Última Cena. Lo habitual era que muchas mujeres del pueblo aportasen velas a las que habían hecho una señal propia para que al recoger el monumento cada una pudiera recuperar el cabo de su vela que, al encenderlo, constituía otro más de los métodos de protección en casos de tormenta.

El monumento permanecía en su lugar hasta los llamados "oficios" del Viernes Santo. Durante todo este tiempo se consideraba que no podía dejarse solo al Santísimo y, por lo tanto, por parejas y muchas veces solo las mujeres iban turnándose a su lado de rodillas



Monumento. Castejón de Monegros.  
Año 2005

en lo que solía llamarse "la vela". En Villanueva de Sijena, esta vigilia presentaba un momento especial tras la procesión del Jueves Santo y hasta las doce la noche, cuando tenía lugar la "hora santa" durante la que se practicaban meditaciones y rezos delante del monumento.

En algunas localidades, la misa del Jueves Santo incluía un acto singular en recuerdo de la Última Cena. Era la ceremonia del lavatorio de los pies que el sacerdote realizaba a doce niños en memoria del momento en que Jesucristo lavó los pies a los doce apóstoles.

Durante este día y el siguiente desfilaban por las calles numerosas procesiones que rememoraban la pasión y muerte de Cristo. En La Almolda por ejemplo realizaban la del Santo Entierro, considerada la más larga de las realizadas en la localidad y en la que una persona completamente tapada portaba la cruz. En Peñalba acompañaban algunas de estas procesiones con el canto del "Reloj", una canción religiosa extendida por otras comarcas aragonesas y en la que se va describiendo hora a hora la pasión de Jesús. En Perdiguera y Sangarrén cantaban el "miserere" durante una de las procesiones del Viernes Santo. Ese día, muchas procesiones tomaban la forma de vía crucis que paraba en cada una de sus 14 estaciones. Estos vía crucis podían realizarse asimismo todos los viernes de Cuaresma y también en algún pueblo el Domingo de Pasión o el Martes Santo. En el de Castejón de Monegros se llevaba la imagen de la Virgen con la particularidad de que, al llegar a la ermita de Santa Cruz, la imagen se dejaba fuera hasta que salían y la cogían de nuevo para llevarla a la iglesia. En algunos pueblos recuerdan que era habitual que el maestro llevase a sus alumnos al vía crucis, lo mismo que los acompañaba todos los domingos a misa.

Una novedad que han experimentado estas procesiones de Semana Santa en los últimos años, y en muchas localidades, es la incorporación de los toques de tambores y bombos que han ido extendiéndose con fuerza por toda la comunidad desde su enclave original del Bajo Aragón. Por ello, resulta paradójico considerar que este nuevo estruendo sonoro conecta con otros de gran tradición en la comarca y que suelen situarse dentro del periodo invernal o pri-



Procesión del Encuentro. Castejón de Monegros. Año 2005



Descubrimiento de Cristo en la Cruz.  
Castejón de Monegros. Año 2005

maveral como el de las vejigas de la Misa del Gallo, los tiestos rotos el día de los Santos Inocentes, el arrastrado de hojalatones los días de San Antón y San Sebastián, el "matar los judíos" del Jueves Santo o el uso de carraclas y matracas para anunciar actividades religiosas. Todos ellos podrían tener en común una intención de ahuyentar lo maligno haciendo presente lo espiritual e inmaterial, considerando por tanto el sonido como prueba de la presencia de lo intangible.

En el Viernes Santo, la celebración de la misa era conocida con el nombre de "los oficios" y comenzaba con un ritual que practicaba el sacerdote tumbándose en el suelo boca abajo ante el altar. En Villanueva de Sijena se realizaba seguidamente una pequeña procesión por el interior de la iglesia acompañada de cánticos. También se descubría la imagen de Cristo y, a continuación, se procedía a la lectura interpretada de la Pasión.

El Sábado de Pascua solía ser el momento en que se consideraba que había resucitado Jesucristo, por lo que las campanas volvían a tañer con alegría. Era una ocasión especial, así que se aprovechaba en algunos pueblos para recoger varias piedras pequeñas del suelo que, en caso de tormenta, se arrojaban a la calle a modo de protección. En otros pueblos, estas piedras se recogían el día siguiente o el 3 de mayo, día de la Santa Cruz.

En general, estas jornadas de Semana Santa se tenían por un periodo de fuertes connotaciones mágicas y, por ello, el día de Viernes Santo en Sangarrén se ponía una gallina debajo de una manta para que se quedara clueca, y si se quería "descluecar" se ponía debajo de un "ciazo". También en la celebración de la misa del Sábado de Resurrección se bendecía el agua y se repartía para proteger con ella las casas de todo lo malo. En muchos pueblos era el cura quien acompañado por los monaguillos se desplazaba hogar por hogar y en cada uno de ellos rezaba una oración y bendecía con agua, por lo que la mujer de la casa en correspondencia le entregaba algunos obsequios y alimentos, sobre todo huevos. Esta tradición solía recibir el nombre de "sacar la Cuaresma". En Sangarrén, el mismo Sábado Santo, algunas mujeres iban a recoger huevos por las casas para después hacerlos duros y comerlos en común. En otros pueblos y en el monasterio de Sijena, antes de la misa, se prendía una hoguera en el

exterior de la iglesia con la que se encendía el "cirio pascual" y se entraba en esta en procesión y portando cada persona una vela encendida.

El Domingo de Pascua, también conocido popularmente como Pascua Florida, tenían lugar lo mismo que el Lunes de Pascua algunos rituales ya realizados en otros pueblos el Sábado Santo como la bendición del agua o la visita por las casas del cura con la obtención de huevos y otros presentes. El huevo, que se considera símbolo pascual de la resurrección de Cristo y del renacimiento de la primavera, era parte consustancial de una torta que se elaboraba y comía el Domingo de Pascua, conocida como "torta de Pascua" o "rosqueta del huevo". Esta torta, conocida en pueblos como La Almolda, Lanaja, Peñalba, Perdiguera y Valfarta, se caracterizaba por tener en su interior un huevo duro y era característica asimismo de la romería de San Benito en Monegrillo y de la de Santa Quiteria en Sena, en fechas muy cercanas a las de Semana Santa.

En varios pueblos, la procesión más importante de la Semana Santa era la conocida como del Encuentro y tenía lugar el Domingo de Resurrección. En Monegrillo las personas que pertenecían a la cofradía de la Virgen del Rosario llevaban una peana de la Virgen y los quintos portaban la peana del Cristo. Una peana salía por la calle Mayor, la otra por la calle San José, y ambas se juntaban en la placeta del Pilar donde hacían tres genuflexiones. Entonces a la Virgen se le quitaba el manto negro y se le colocaba uno azul y al Cristo se le quitaba el manto morado para ponerle uno blanco. En Sena quienes salían portados eran Jesús Nazareno y la Dolorosa, acompañados respectivamente por hombres y mujeres, y al encontrarse en la plaza una de las mairalesas realizaba unas "cortesías" o reverencias de manera que a cada una se iban acercando un poco más y cuando estaban uno frente al otro, se le quitaba la mantilla negra a la Virgen y ya se regresaba a la iglesia. Sobre este acto se decía que la chica que realizaba las cortesías encontraría un novio antes de un año y, en el caso de que ya lo tuviera, se afirmaba que no lo perdería.

Con una intensidad mucho menor, la Semana Santa se prolongaba en dos celebraciones posteriores. El Domingo de Cuasimodo,

Cortesías. Sena. Año 1950



posterior al de Pascua, el cura se desplazaba a las casas donde había una persona enferma para confesarle y darle la comunión. El día de la Ascensión, 40 días posterior a la Pascua Florida, conmemoraba el regreso de Jesucristo con su Padre y, en él, se comulgaba y podía realizarse asimismo alguna procesión.

Durante el mes de mayo, que se consideraba dedicado a la Virgen María, tenía lugar la celebración de "las flores" rezando el rosario y acudiendo ante una imagen de la Virgen para llevarle flores y recitar versos en su honor. En esta devoción mariana tuvieron especial protagonismo durante muchos años las niñas de la escuela dirigidas por su maestra. En algunos pueblos como Castejón de Monegros estos actos remataban en una fiesta final con besamanos, repartición de estampas y ofrenda de flores.

El día de la Santa Cruz, 3 de mayo, tenía lugar en casi todos los pueblos la ceremonia conocida como la "bendición de términos" o "bendición de campos" que el mosén, acompañado de sus feligreses, realizaba desde un lugar con amplias vistas al entorno para pedir por la protección de todo el término de la localidad y por el buen resultado de las cosechas. En algunos pueblos, esta bendición se solía realizar en otra fecha concreta aunque, en todo caso, no muy alejada de estos momentos del año.

De manera consecutiva, al mes de las flores le sucedía el de junio dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, un culto muy difundido por la Compañía de Jesús a partir de finales del siglo xvii. En algunos pueblos de Los Monegros, este mes se realizaba con la celebración de novenas o alguna procesión o rezo del rosario.

Mucho más extendida estaba la celebración del día del Corpus, el jueves correspondiente a los 60 días posteriores al Domingo de Resurrección. Por eso en Sangarrén solían decir "hay tres jueves que relucen más que el sol: Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión". Esta jornada se celebraba con una procesión que se iba deteniendo en una serie de altares dispuestos a lo largo de su recorrido, donde se depositaba momentáneamente la custodia y ante los que el cura se ponía de rodillas. En ella tenían una participación activa los niños y niñas que habían comulgado ese mismo año.

Procesión del Corpus. Grañén. Segunda mitad del siglo xx



Pero en el mes de junio la celebración más arraigada era la de la noche de San Juan, entre los días 23 y 24, en la que muy cerca del solsticio de verano se agrupaban un conjunto de prácticas parareligiosas en torno al agua, el fuego y los elementos vegetales. La más extendida era la de "sanjuanarse", que consistía básicamente en acudir a una balsa, acequia o río antes de que saliera el sol para lavarse y así purificarse en conexión tanto con el comienzo de la nueva estación como con el bautismo que Jesucristo recibió de San Juan en el río Jordán. Una variante de este rito es la que consistía en recoger un poco de agua de alguno de estos lugares y dejarla al sereno durante toda la noche para, ya por la mañana, realizar el lavado ritual que purificaba y protegía de las enfermedades. En algunos pueblos (Bujaraloz, Monegrillo, Valfarta y Villanueva de Sijena) el fuego se hacía presente esa misma noche con la realización de hogueras. En Albalatillo y Sangarrén, esa noche salían a recoger diversas plantas como la ruda, el cardo, la noguera, la higuera y la avena, y con ellas hacían un ramo que dejaban en casa para "espantar a los espíritus".

Ya en el día 24, podía realizarse un ritual de predicción del tiempo, conocido al menos en Leciñena y Monegrillo, por el que al levantar una piedra, si se encontraba humedad bajo ella es que sería buen año y habría "tempero" en la época de la siembra del próximo otoño. En Bujaraloz, Peñalba y Valfarta era la noche anterior cuando los niños recorrían las calles del pueblo armando una gran escandallera golpeando "coberteras" (tapes viejos de cazuelas) o cualquier otro utensilio. En Peñalba realizaban este recorrido también el día de San Pedro, 29 de junio, y el de Santiago, 25 de julio, llevando además un farol hecho con un periódico, una caña y una vela, y mientras entonaban sendas cancioncillas que decían "San Pedro como era calvo, le picaban los mosquitos, y San Juan le contestaba, ponte un gorro periquito" y "San Chume la regalicia, San Chume la regaló, a los hombres a escobazos, y a las chicas el farol".

En Pallaruelo, el 10 de julio, San Cristóbal, se acudía asimismo a recoger agua de las balsas aunque en esta ocasión lo hacían a las 12 del mediodía. Tras coger el agua con un cubo, se arrojaba de nuevo a la balsa mientras se gritaba "¡Viva San Cristóbal!". A continuación,



Río Alcanadre. Villanueva de Sijena



Procesión en honor a la patrona la Virgen del Rosario. Peñalba. Año 1908



Procesión en honor a la patrona Santa Margarita. Albalatillo. Año 1957

se cogía otra vez para llevarla a casa pues se consideraba que protegía contra las enfermedades y especialmente las de la piel.

Los meses de agosto y septiembre, período que sucedía a las intensas labores de la cosecha de cereal, son los que concentran la mayor parte de las fiestas patronales de los pueblos monegrinos. En algunos casos se tiene memoria de que se trasladó la fecha de celebración de estas fiestas para facilitar la asistencia del máximo número de vecinos como por ejemplo en Albalatillo, donde dejaron de celebrarlas el día de San Andrés, 30 de noviembre, porque "no había suficientes mantas para todos por el frío que hacía". A estas fiestas mayores hay que añadir además las llamadas fiestas pequeñas o menores, que en ocasiones se celebraban en honor al copatrón de la localidad.

Sin entrar en muchos detalles, puede establecerse cierto esquema común para la parte religiosa de la gran mayoría de ellas. Muchas contaban con la realización previa de una novena que remataba el día de la virgen o santo venerados y en la cual cada participante pedía una gracia en silencio. En las fiestas de gran relumbré también era habitual la presencia del predicador, un sacerdote de otra parroquia que concelebraba la misa con el cura del pueblo y que le daba una mayor solemnidad al acto al encargarse de pronunciar el sermón causando en ocasiones gran expectación.

No faltaba tampoco fiesta patronal que no tuviese entre sus principales actos religiosos el reparto de pan bendito a la salida de la misa ni la realización de una procesión por la localidad. Esta procesión solía contar con la asistencia destacada de mujeres vestidas de negro y tocadas con mantilla, llamadas popularmente "manolas", y tampoco era raro el acompañamiento de los danzantes. En ocasiones eran los quintos de ese año, a modo de rito de paso al período adulto, quienes portaban la peana del santo, y otras veces, como en Castejón de Monegros, se adornaban carrozas con elementos vegetales lo mismo que solía hacerse en bastantes romerías.

Mención especial merece la habitual presencia del canto de las auroras en muchas fiestas de Los Monegros. Estos cantos, denominados localmente "coplillas", "cuplillas" o "despertaderas", eran rea-



Coplillas de la Virgen del Rosario. Sena.  
Año 2005

lizados al amanecer de las principales festividades religiosas por un grupo de hombres que recorrían las calles del pueblo despertando al vecindario y animándole a acudir a rezar el rosario de la aurora que tenía lugar a continuación. Estos cantos solían estar acompañados por el sonido de una campanilla y, en algunos pueblos, por una gaita de boto. Cada vez que el grupo se detenía en una esquina, y una vez que había cesado el sonido de la campanilla, una persona entonaba unos versos dedicados al santo venerado y el resto de los asistentes repetían al unísono la misma estrofa. Las letras solían ser de origen eclesiástico y, aunque seguían el mismo esquema, eran diferentes en cada celebración.

Las coplillas solían cantarse en las fiestas mayores pero también podían interpretarse en las llamadas fiestas de calle y en un innumerable listado de variadas festividades como Navidad, Reyes, San Antón, San Fabián y San Sebastián, Santa Brígida, la Candelera, Santa Agueda, San José, la Anunciación, Viernes Santo, Pascua Florida, la Ascensión, Pentecostés, el Corpus, San Salvador, San Roque, la Virgen del Rosario, el Pilar, Todos los Santos, Las Almas, la Inmaculada Concepción... El pueblo que les tenía más afición tal vez



Romance de la Virgen de las Nieves.  
Bujaraloz. Año 2005

fuera Pallaruelo, donde se guarda memoria de que llegaban a cantarse hasta 17 veces al año.

Menos numeroso, pero también de gran valor etnológico, era el canto de romances de temática religiosa que, de manera similar a las coplillas, solía hacer un grupo de hombres compuesto por solista y coro, a veces al son de la gaita de boto, la víspera de la fiesta. Los había dedicados a San Antolín y a las vírgenes de las Fuentes y Loreto en Sariñena, al Ángel Custodio, a la Virgen del Rosario y a San Roque en Sena, a San Miguel en Valfarta, a Santa Margarita en Albalatillo, a la Virgen de las Nieves en Bujaraloz, al Salvador y San Roque en Pallaruelo y a la Virgen del Rosario en Peñalba, y algunos de ellos se siguen cantando en la actualidad con la incorporación de mujeres. Tal como se cantaban antaño, el grupo se colocaba en "rolde" o círculo junto a la puerta de la iglesia y entonaba el romance en honor al santo patrón. Luego seguían recorriendo las calles del pueblo pero cantando romances de temática profana o incluso una combinación entre ambos como los conocidos Sacramentos del Amor que recuerdan en La Almolda o Sangarrén.

También en honor del patrón o patrona del pueblo se realizaban algunos bailes como las seguidillas en Leciñena, bailadas en corro y



Baile de la gaita en honor a la Virgen de las  
Nieves. Bujaraloz. Año 2005

por parejas, el baile de la gaita que se hacía en círculo en honor de la Virgen de las Nieves en Bujaraloz o, en otro orden de cosas, las propias mudanzas de los dances. Estas mudanzas se bailaban antiguamente en el interior de la iglesia pero fueron sacadas al exterior por disposición del rey Carlos III y, en la actualidad, han reducido su presencia dentro del templo a un pequeño saludo ceremonial.

El dance se realizaba siempre en honor de la figura sagrada que se consideraba patrona y veladora de la localidad, delante de una imagen suya y ante la ermita o iglesia parroquial. Constituye posiblemente la manifestación folclórica más característica de Los Monegros pues es en esta comarca donde más numerosa y con mayor vitalidad ha llegado hasta nuestros días esta expresión popular prácticamente exclusiva de la comunidad aragonesa. El dance puede considerarse una integración de diversas actividades artísticas como el baile, la música y el teatro popular, algunas de antiguas raíces, que se articulan en torno a un esquema y funcionalidad de raíz posiblemente culta y religiosa. Este origen de los dances podría situarse en torno a los siglos XVI y XVII en relación a los esfuerzos realizados por la jerarquía eclesiástica para la consecución de los objetivos de la Contrarreforma católica, las guerras contra el imperio turco y, espe-



Personajes del dance. Sena. Primera mitad del siglo XX



Procesión de la Virgen del Rosario. Sena. 1960



Procesión de la Virgen del Pilar. Grañén. Segunda mitad del siglo xx

cialmente, a los efectos de la conversión formal de los aragoneses moriscos y de su expulsión de la Península el año 1610. En sus aspectos más directamente relacionados con la religiosidad popular hay que destacar los agradecimientos y alabanzas a la figura sagrada en cuestión y la escenificación de la victoria de los cristianos sobre los moros, o turcos, que tiene su correlación a un nivel superior en el enfrentamiento entre el Ángel y el Diablo. Estos dos últimos personajes, que aparecen en casi todos los dances monegrinos, representan respectivamente el Bien y el Mal, o más bien este último el reverso de la moralidad establecida. Hay dance, o lo hubo hasta donde alcanza la memoria popular, en Albalatillo, La Almolda, Bujaraloz, Castejón de Monegros, Lanaja, Leciñena, Monegrillo, Pallaruelo, Peñalba, Robres, Sariñena, Sena, Tardienta y Valfarta.

Muy cerca del equinoccio de otoño, el 29 de septiembre, día de San Miguel, era la fecha que marcaba por tradición el fin del contrato de los criados y el cambio o renovación de los contratos en general. Los pastores, en cambio, tenían fijado como término de su trabajo el día de Santa Cruz y los "rebadanes" o ayudantes pastoriles, al menos en La Almolda, el Domingo de Cuasimodo.

El rosario era el tema religioso al que estaba dedicado el mes de octubre y, por tanto, su rezo era común a lo largo de todo el mes y, de manera especial, para la celebración de la Virgen del Rosario el día 7. Su conexión, además, con el madrugador canto de las coplillas, hacía que en varios pueblos fuera este uno de los días del año en que se llevaban a cabo.

Otra festividad de este mes, la Virgen del Pilar, contaba con procesión en algunos pueblos y, más recientemente, también con ofrenda de flores y frutos.

Al finalizar octubre se sienten ya con rigor los primeros fríos y, con ellos, comienza la época de siembra de la nueva temporada del cultivo de cereal. Así, en este momento crucial para el ciclo agrícola, se sitúan los días de Todos los Santos y Las Almas, 1 y 2 de noviembre, en los que se reunían una serie de rituales en torno al sonido de las campanas, las luces de las velas y las visitas al cementerio. Y es que era el momento del año en el que las "almicas" o "almetas"

vagaban libres entre los vivos, y toda luz podía ayudarlas a encontrar su camino de vuelta al inframundo.

En muchos pueblos, la noche de Todos los Santos transcurría con la presencia continua del sonido de las campanas tocando a muerto que tañían los mozos o el sacristán con los monaguillos y que siempre contaban con cena suficiente e incluso con una hoguera dentro de la torre del campanario. Esa noche, y también los dos días siguientes, se encendían asimismo lamparillas en el interior del hogar, a veces una por cada persona de la familia que hubiera fallecido.

Ya en el día de Todos los Santos era obligada la visita al cementerio llevando flores que se depositaban junto a las tumbas de los seres queridos al igual que se hacía con pequeñas lamparillas de cera. En Castejón de Monegros llevaban, envueltos en tela negra, los mismos banquillos de velas que empleaban para el monumento de Semana Santa. En La Almolda, además, depositaban una pequeña ofrenda de pan. En Robres colocaban en la iglesia un túmulo cubierto de telas negras y con adornos amarillos. También era común celebrar misa y rezar el rosario en el camposanto, y que el mosén fuera pasando de fosa en fosa diciendo en cada una un responso en memoria del difunto previo pago de cierta cantidad de dinero.

De nuevo al anochecer, o en la noche anterior, era tradicional en algunos pueblos como Grañén, Leciñena y Sangarrén que los niños vaciasen una calabaza y le hiciesen sendos agujeros para los ojos y la boca de modo que pareciera una calavera. Entonces introducían una vela en su interior y la dejaban en una calle oscura para que, haciendo ruidos y sonidos lastimeros, se asustaran los viandantes que pasaran por allí.

Desde entonces y hasta finales de diciembre transcurría un periodo de escasas fiestas y celebraciones roto apenas el 13 de diciembre por la festividad de Santa Lucía que las modistas celebraban con una merienda. Y ya solo faltaba poco más de una semana para volver a celebrar la Navidad y reiniciar un año más el ciclo anual litúrgico y festivo tradicional.



Celebración de Todos los Santos. Robres.  
Año 2005

# Las rogativas de agua

Si bien los actos religiosos se iban sucediendo con monótona cadencia a través del año y de la vida de los habitantes de Los Monegros, aquellos momentos excepcionales en los que había que tomar decisiones extraordinarias contaban asimismo con su propia traducción religiosa. Entre estos momentos, debido a la secular importancia que el agua ha tenido en la zona, destaca el de las pertinaces sequías que ponían en serio riesgo la continuidad de la producción agrícola, la buena marcha de los ganados e incluso la subsistencia de la población.

La fórmula habitual en estos casos era realizar una rogativa en forma de procesión que solía llevarse a cabo durante nueve días seguidos, lo que se conocía como una novena, de tal manera que dejaba de hacerse a partir del momento en que comenzaba a llover. En el caso de que la sequía no cesara, aún podía continuarse realizando un recorrido más largo o sacando una figura sagrada en procesión. Muchas veces coincidía que estas rogativas se llevaban a cabo en el mes de abril, un momento del año que resultaba clave para que los cultivos de cereal llegasen a buen fin si recibían la suficiente cantidad de agua.

El recorrido de estas procesiones podía llevar la dirección de una ermita concreta, lo que era lo más habitual, pero también podía transcurrir por las calles del pueblo o dirigirse a otros puntos de llegada fuera del casco urbano como una cruz, un pilar o la emblemática Cartuja de las Fuentes. En muchas localidades, además, era habitual portar la figura del santo o la virgen de más devoción en el pueblo o alguna que se consideraba más apropiada para conseguir la ansiada lluvia.

También era muy corriente que durante estas rogativas se implorase la intercesión de la figura sagrada mediante cantos que retrataban crudamente los efectos de la falta de lluvia en cultivos, niños y ancianos.



Cartuja de las Fuentes. Sariñena

## Edificios para la religiosidad popular

Con más de 60 ejemplos documentados en el conjunto de la comarca, las ermitas constituyen el espacio construido más significativo para el conocimiento de la religiosidad popular en Los Monegros. Presentes en casi todos los pueblos, y muchas veces con varias ermitas por localidad, lo que les define es su situación externa al casco urbano y su menor vinculación con la jerarquía eclesiástica en contraste con el edificio religioso por excelencia de cada pueblo: la iglesia parroquial.

Su ubicación concreta puede variar desde las afueras de un pueblo hasta una distancia de varias horas de camino, lo que supuso evidentemente la generación de romerías de diferentes condiciones en función del tiempo necesario para llegar a ellas. Algunas, como las del Espíritu Santo en La Almolda o la de Santa Bárbara en Lanaja, se sitúan junto al cementerio local. El santuario de la Virgen de Magallón en Leciñena es particular por muchas razones pero otra de ellas es que contaba con un verdadero cinturón formado por cinco pequeñas ermitas u oratorios a su alrededor entre los que cabe destacar el dedicado a San Onofre o Anofre, uno de los primeros ermitas de la cristiandad.

El perfil de muchas de las ermitas monegrinas se distingue bien desde la distancia debido a que se ubican en lo alto de un cerro o promontorio, a partir de lo que se han elaborado hipótesis que hablan de la posible cristianización de lugares sagrados en épocas anteriores. Estas propuestas podrían verse confirmadas en función de la existencia de yacimientos arqueológicos en las inmediaciones de varias ermitas.

Algunas de ellas cuentan con antiguas leyendas referidas a su creación que, por transmisión oral o por haber sido escritas por ciertos eruditos, han llegado a nuestros días. Una de ellas cuenta que la



Ermita de Santiago. Sariñena

de Santo Domingo en Huerto se levantó para agradecer al santo su ayuda en una batalla entre cristianos y moros. La de San José en Perdiguera tiene un origen más prosaico pues una inscripción de su bóveda certifica que fue un canónigo nacido en la localidad quien la fundó en el siglo XVII. La de Santiago en Sariñena, según la tradición, debería ser una de las más antiguas pues se cuenta que fue fundada por San Eufrasio, uno de los nueve discípulos del apóstol Santiago y tenido por natural de la capital comarcal. Esta misma ermita, y la de San Julián en Grañén, se han puesto asimismo en relación con la asistencia a caminantes y peregrinos según su ubicación junto a importantes caminos tradicionales.

Muchas de las ermitas pueden datarse con seguridad en los siglos medievales. Algunas se encuentran rodeadas por antiguos despoblados, por lo que se consideran antiguas iglesias parroquiales que continuaron siendo utilizadas como ermitas desde alguna población cercana. Este es el caso de la ermita de San Pedro el Viejo en Castelflorite, la de Santa Quiteria de Presiñena en Sena y las de Santa Engracia y la Santa Cruz en Perdiguera. Otras, por el contrario, son más recientes y demuestran que continúa bien vivo el valor de estos edificios como referente de la identidad local. Algunas de las más nuevas son la de San Jorge en Bujaraloz, la de Santa Elena en Torralba o la de San Lorenzo de Flumen, que fue inaugurada el año 2005.

Lo habitual es que sean de propiedad municipal. Un buen número de ellas ha llegado hasta nuestros días en estado de ruina, o apenas con el recuerdo oral de su existencia y escasos restos cons-truidos sobresaliendo del suelo. Y es que la pequeña historia de cada una de ellas suele aparecer repleta de períodos de decadencia y de impulsos de reforma, ampliación o incluso sustitución. Entre los peores momentos para las ermitas cabe señalar la guerra de la Independencia, pero sobre todo la Guerra Civil, durante la que algunas de ellas quedaron muy dañadas.

El aspecto y estilo de cada una de ellas depende fundamentalmente de la época en que fue construida y de los recursos empleados en ella y, como su análisis se ocuparía más de cuestiones de tipo histórico-artístico, no será tratado en este texto con la excepción de algunos aspectos puntuales que entroncan con su uso religioso y popular.

Las ermitas de mayor tamaño no se reducen a una nave de iglesia sino que incluyen otras salas y estancias dedicadas a permitir una de las principales actividades de los romeros que llegaban hasta ellas: preparar la comida y dar buena cuenta de ella. Además, la ermita de San Benito en Monegrillo contaba con grandes salones donde celebraban sus reuniones los cofrades y hasta el propio ayuntamiento. En el santuario de la Virgen de Magallón en Leciñena había multitud de salas identificadas con nombres de santos además de una de gran tamaño conocida como Sala de los Cereros relacionada con el gremio de ese oficio en la ciudad de Zaragoza. El "cuartico de la miel" era un pequeño abejar de obra que proporcionaba miel para las comidas de la romería de Robres. Y también tenía otra especial que era conocida como el Peinador de la Reina pues se decía que allí había habido una princesa o reina presa a la que subían a peinar.

Varias ermitas se sitúan muy cerca de una balsa, y la de Santa Quiteria en La Almolda disponía de un aljibe que recogía y almacenaba el agua de lluvia. El más famoso de estos aljibes es el de la Virgen de Magallón en Leciñena: acumulaba el agua desde los tejados del edificio, fue construido por el maestro cantero Juan de Albistur



Balsa y ermita de San Benito. Monegrillo



Santuario de la Virgen de Magallón.  
Leciñena

el año 1560, y es de semejante tamaño que en su interior dicen se puede dar la vuelta con una galera y cuatro mulos. También este santuario cuenta con un pozo de hielo, lo mismo que la ermita de Santiago en Sariñena, lo que parece ser señal de una afluencia continuada de personas.

Las había que disponían de una casa o conjunto de habitaciones en donde habitaba el santero o ermitaño que cuidaba del edificio. En alguna localidad como Leciñena se tiene presente que había personas que ejercían este oficio a partir de una llamada divina, sintiendo que era un encargo de la Virgen que debía cumplir en favor propio y de todos los habitantes de la localidad. Una de sus tareas, tal como ocurría en La Almolda, Leciñena, Monegrillo o Sariñena, era la de pedir por las casas del pueblo una limosna para complementar el escaso sueldo que recibían y para mantener la ermita en general, lo que en localidades como Robres o Leciñena llegó a ritualizarse y recibe el nombre de "la llega".

El santero de la ermita de Santo Domingo en Huerto tenía mayor radio de acción a la hora de desplazarse a pedir limosna y, con este objetivo, recorría los pueblos vecinos. Lo mismo que él, otros ermitaños de santuarios más o menos alejados de la comarca llegaban hasta ella en unos itinerarios bien escogidos en función de los ciclos económicos y el tiempo de las cosechas de las diferentes áreas. Su función además era la de aumentar la influencia del santuario o ermita, llevando la protección de la figura sagrada a las localidades y a las casas concretas donde se alojaban. Así, hasta el primer tercio del siglo xx, a los Monegros llegaba incluso el cuestor de la ermita de San Cosme y San Damián, situada en la sierra de Guara, pasando por lo menos por las localidades de Sariñena, Lalueza y Grañén. También, según cierta documentación, los santeros o limosneros de varias ermitas (la de San Jorge en Bujaraloz, la de San Caprasio en Alcubierre y otras como las de San Bartolomé en Candasnos y San Valero en Velilla de Cinca) solían congregarse en la de Santa Quiteria de Peñalba para "honrarla como patrona".

Al menos hasta el proceso desamortizador del siglo xix, los santuarios más importantes como el de la Virgen de Magallón en Leciñena o la ermita de San Benito en Monegrillo contaban con

patrimonio propio gestionado por el cargo del "mayordomo" en el caso de Leciñena. Este patrimonio consistía en campos de labor, que en Monegrillo cultivaba el propio ermitaño, como viñas, olivares y cultivos de cereal, así como algún rebaño de ganado lanar. Tampoco era raro que una localidad que acudía en romería a una ermita situada en otro término municipal le ofreciera diversas donaciones como antiguamente Perdiguera le proporcionaba al santuario de la Virgen de Magallón "toda la sabina que es necesaria en el invierno para el pasto del ganado lanar" así como maderos para reparaciones o ampliaciones de la obra del edificio.

Y de la devoción que gozaban entre la población en general muchas de las figuras sagradas daban buena cuenta los exvotos, o "presentallas" como se decía antaño, colgados de las paredes o incluso a los lados del altar de algunas ermitas como la de Santa Elena en Capdesaso, la de la Virgen de la Sabina en Farlete, la de la Virgen de Magallón en Leciñena o la de Santa Quiteria en Peñalba. Los fieles que habían obtenido un favor como la curación de una herida o enfermedad, dejaban al menos hasta la Guerra Civil diferentes ofrendas como cintas, trenzas de pelo, pinturillas y, en mayor número, repro-



Ermita de Santa Quiteria. Peñalba

ducciones de brazos o piernas fabricadas en cera. También cerca de la ermita de San Gregorio en Robres se localiza el Abrigo de las Peñas, con interesantes grabados de época moderna y contemporánea que representan exvotos, cruces y estandartes procesionales.

La ermita de Santa Quiteria en Peñalba contaba además con unos objetos particulares. Se trataba de tres botijos para beber, los cuales contaban con la peculiaridad de que cada uno de ellos tenía siete chorros diferentes de los que unos estaban abiertos mientras otros no permitían la salida del agua. Estos botijos los utilizaban quienes querían ponerse a prueba para ver si acertaban a beber sin llegar a mojarse.

El equivalente de las ermitas, dentro del ámbito de la religiosidad popular pero en el interior de las localidades, serían las capillas urbanas, pequeños edificios religiosos de una sola nave y carácter público, a veces estrechamente ligados a la identidad particular de la calle o barrio en que se ubican. En la comarca son más bien escasas pero contaban con ellas al menos las localidades de Alcubierre, Lanaja, Monegrillo, Robres, Sariñena, Tardienta y Torralba de Aragón, y son especialmente numerosas en La Almolda y Bujaraloz. Lo más habitual es que respondan a diferentes advocaciones de la Virgen como las de Loreto, del Pilar, del Remedio, del Rosario o de Gracia. En Bujaraloz cuentan además con el Arco de Santa Ana, un ejemplo de capilla-portal muy abundante en las comarcas vecinas al sur de Los Monegros que se distingue por estar situada sobre uno de los antiguos arcos de entrada a la población. En la de Bujaraloz ardía noche y día una lamparilla que, según el dicho popular, alguna vez se apagaba porque una lechuza bebía su aceite.

Una versión todavía más reducida de espacio dedicado a una figura sagrada en las calles de un pueblo son las urnas u hornacinas, un pequeño hueco abierto en la pared que cobija la imagen de un santo o una virgen. Tampoco son muy numerosas en Los Monegros, pero las hay en varios pueblos como Monegrillo o La Almolda. Estas hornacinas podían ser costeadas por los propios vecinos y en algunos casos como la de San Roque en Monegrillo se hizo a partir de la promesa de una familia que se cumplió al haberse librado sus

Capilla de la Virgen del Rosario. Monegrillo



hijos de una enfermedad contagiosa que estaba afectando al resto del pueblo.

También había capillas particulares dentro de algunas de las casas más pudientes, algo que se consideró privilegio de las familias de la pequeña nobleza, y en ellas solían celebrar de manera privada muchos de sus acontecimientos familiares.

Por último estaban las denominadas capillas domiciliarias, un pequeño cajón o armario transportable con una cara de cristal a través de la que podía verse la figura sagrada situada en su interior. Esta pequeña urna se tenía un determinado tiempo en cada casa y se pasaba a otra familia siguiendo un recorrido bien establecido que podía abarcar el conjunto de la población o restringirse a un barrio o grupo de vecinos. De manera llamativa, la advocación más frecuente de este tipo de pequeñas capillas móviles es la de la Sagrada Familia.

Además, el común de las casas podía contar con protecciones sagradas de carácter más habitual como cruces inscritas en las fachadas o placas del Sagrado Corazón clavadas en las puertas.

Una cruz de cierto tamaño es otro elemento que no falta en muchas plazas o caminos de la comarca. Una treintena de ellas han llegado hasta nuestros días en emplazamientos y con funciones algo diferentes. Las hay en un rincón urbano de carácter céntrico pero son más habituales junto a un camino a la salida de las poblaciones, cerca de una ermita o en pleno monte a modo de señal de límite entre los términos de dos localidades. Hasta alguna de ellas era frecuente acercarse en procesión el día de la Santa Cruz para que el mosén realizase la habitual bendición de los términos. En Lanaja hay una que se sitúa en el interior de una balsa y no debía de ser un caso excepcional. También había costumbre de rememorar con su presencia un acontecimiento trágico como el fallecimiento de alguna persona por una muerte violenta o por un accidente como la caída de un rayo. Pasada la última contienda bélica, en varios pueblos se levantó una cruz llamada de los Caídos.

Muchas de estas cruces suelen estar compuestas por un basamento escalonado sobre el que se alza un pilar de piedra y de sección circular rematado en su parte superior por una cruz de forja o bien



Hornacina de San Roque. Monegrillo

tallada en piedra. Algunas de ellas se han perdido con el tiempo, otras fueron destruidas durante la última Guerra Civil, y alguna como la de Santiago en Sariñena ha sido felizmente reconstruida.

Menos abundantes son los conocidos como "pilares" o "pilones", los llamados "peirones" en otras comarcas aragonesas. Tienen fun-



Antigua cruz de la plaza. Sena.  
Primera mitad del siglo xx

ciones parecidas a las ya descritas para las cruces y se diferencian de ellas por la sección cuadrada que su fuste tiene habitualmente y, sobre todo, por contener en la parte superior de una de sus caras una pequeña hornacina con una figura sagrada. Muchos de estos pilares acababan igualmente en una pequeña cruz de forja. Su advocación más numerosa es la de la Virgen del Pilar aunque esta no aparece justamente en Monegrillo, el pueblo que mayor número de pilones conserva. El de mayor valor histórico-artístico puede que sea el de Callén, levantado el año 1713 y de elegante estilo barroco.

En muchas poblaciones se contó además con un recorrido marcado por cruces o pilares para la realización del vía crucis el día de Viernes Santo y, en algunos casos, también todos los viernes de Cuaresma. Este recorrido rememora los momentos vividos por Jesucristo desde su prendimiento hasta su muerte y sepultura que se concretan en 14 estaciones o imágenes de la Pasión según la tradición cristiana. En algunos pueblos este recorrido se llevaba a cabo por el interior de una iglesia o ermita, aunque si se realizaba en un lugar abierto era cuando contaba con tantas cruces o pilares como momentos había que parar para rezar. Este trayecto se situaba a veces en un pequeño altozano cercano a la población, y otras veces



Pilón de la Virgen del Pilar. Callén



Pilones en el camino al santuario de la Virgen de Magallón. Leciñena. Primera mitad del siglo xx



Cruz en la entrada del cementerio. Huerto

avanzaba ascendiendo por el camino que conducía a una ermita como en Farlete o Peñalba. Tampoco era raro que recorriera las calles del pueblo tal y como sucedía en Albalatillo, La Almolda o Villanueva de Sijena, donde unas cruces eran de madera, colocadas en algunas fachadas, y otras de piedra como las que todavía se mantienen en el barrio del Calvario. En Lastanosa, el día de Jueves Santo algunos chicos dibujaban sobre el suelo de las calles las cruces que representaban cada una de las estaciones y, de este modo, se indicaba el lugar donde se debían hacer las paradas de la procesión.

Mención aparte merece el edificio del cementerio, llamado también "fosal" en pueblos del norte de la comarca, y que hasta el siglo XIX estaba localizado siempre junto al templo parroquial. Castejón de Monegros, a raíz de un episodio de cólera, debió de ser uno de los primeros pueblos monegrinos que construyó su nuevo camposanto en las afueras del pueblo el año 1834, hecho que se generalizó a lo largo del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Estos camposantos podían estar protegidos por cruces en sus cuatro esquinas y, en su interior, las "fuesas" o enterramientos tradicionales eran en tierra, con solo una pequeña cruz de piedra o de madera si se exceptúan unos pocos panteones y nichos.

Además, como tenían carácter exclusivamente católico, quienes morían sin haber sido bautizados se enterraban en una zona separada conocida como el "fosalico" en Leciñena y el "fosaler" en Sena. En Lalueza cuentan con un pequeño cementerio anexo al católico donde eran enterradas las personas de credo protestante.

## Referencias de una geografía trascendente

Una parte fundamental del patrimonio oral de carácter religioso de la comarca lo constituyen las diversas leyendas que refieren la aparición milagrosa de ciertas figuras de la Virgen en lugares que no parecen dejados al azar. En Los Monegros se conservan relatos de apariciones de vírgenes en peñas o cuevas, debajo del suelo, sobre un árbol y cerca de una fuente. Todo ello podría entenderse como lejanas reminiscencias de creencias panteístas y de cultos paganos relacionados con la tierra, los árboles y el agua que el cristianismo habría tenido buen cuidado de asimilar y renombrar a través de la figura maternal de la Virgen María, que traduciría otra precedente de la "madre tierra" o "madre naturaleza".

Posiblemente la aparición más documentada y compleja de las conocidas sea la de la Virgen de Magallón en una peña o abrigo rocoso que todavía forma parte de las entrañas del santuario situado cerca de Leciñena y en uno de los extremos occidentales de la sierra de Alcubierre. El episodio se remonta al año 1283 cuando, debido a un enfrentamiento entre familias, se produjo un asesinato delante mismo de la imagen de la Virgen en la ermita de la Virgen de la Huerta del pueblo de Magallón, en lo que ahora es la comarca del Campo de Borja. La tradición cuenta que la misma imagen fue trasladada por los ángeles y que, a la mañana siguiente, se le apareció en una peña cercana a Leciñena a un pastor llamado Marcén. La Virgen le ordenó que bajara al pueblo y convenciera a sus vecinos para que erigieran una ermita en aquel lugar, pero en un primer momento no le creyeron ni tampoco en un segundo intento. La voluntad de su rebaño de volver al lugar de la aparición le hizo encontrar de nuevo la figura sagrada, esta vez sobre un pino, que le apremió a volver a bajar a Leciñena aunque con una señal milagrosa: llevaba la mano pegada a la mejilla por una fuerza misteriosa que impedía separarla.

Esta vez sus vecinos le creyeron y se construyó la ermita. Pero el pueblo de Magallón reclamó la imagen y al regresar con ella, durante la noche, la dejaron en el santuario de la Virgen de la Sagrada en Monzalbarba desde donde milagrosamente volvió a los montes de Leciñena. Así ocurrió dos veces más, una en la iglesia del Portillo y otra en la capilla del Pilar en Zaragoza, repitiéndose las dos veces el prodigio hasta que se decidió que la Virgen permanecería en Leciñena aunque conservando el nombre de su lugar de origen.

Sobre la aparición de la Virgen del Coro del monasterio de Sijena se han recogido dos leyendas diferentes. La primera habla de cómo la reina de Aragón conoció el hecho milagroso de que la Virgen de la iglesia de Sijena había desaparecido varias veces y siempre era encontrada en el mismo lugar, por lo que decidió fundar el monasterio en el lugar elegido por la imagen. Otra leyenda cuenta que un toro se separaba todos los días de su manada para escarbar un hoyo donde el pastor del rebaño acabó encontrando la imagen de la Virgen.

Al margen de leyendas, fue la reina Sancha de Castilla, esposa de Alfonso II de Aragón, quien fundó el monasterio el año 1188 con el propósito de acoger a las damas de la nobleza y la casa real aragonesa aprovechando un pequeño rincón fértil y bien comunicado en la ruta que conduce desde Huesca o Barbastro hasta el Ebro, el Bajo Cinca y Lérida. Según la tradición, la imagen de la Virgen de la Caza fue también hallada debajo de la tierra cuando en el siglo XVII un justicia del monasterio de Sijena salió a cazar conejos con la ayuda de un hurón y dentro de una madriguera halló una imagen de la Virgen, supuestamente escondida a raíz de la llegada del islam. Esta imagen se conservó durante un tiempo en el monasterio hasta su traslado al convento de Santa Catalina en Barcelona.

Cuenta la leyenda asimismo que la Virgen de la Sabina de Farlete se le apareció sobre una sabina a un pastor. Y al menos hasta el siglo XVIII se tiene constancia de que se conservaban en las casas del pueblo fragmentos de las raíces del árbol a los que se daba gran veneración. Además, según la tradición local, este es el pueblo de Los Monegros que más sabinas tiene debido a la creencia según la cual si alguien arranca una será castigado por la patrona.

Estandarte de la Virgen de la Sabina.  
Farlete. Año 2005





Estampa de la Virgen de Magallón

El origen de la Cartuja de las Fuentes, según se cuenta, se sitúa en una antigua venta ubicada junto a varias fuentes entre las que se encuentra aquella junto a la que se apareció la Virgen. Estas fuentes, reunidas en una que todavía se denomina la Fuente del Milagro, presentan diversas propiedades medicinales que pudieron propiciar cierto culto precristiano a las aguas. A partir de la milagrosa aparición, la venta se transformó en una ermita y sobre ella se construyó el monasterio. En el siglo XIX, la imagen se trasladó a Sariñena donde sigue contando con gran devoción. De ella se cuenta, al igual que sucedía con la Virgen de Pilar de Zaragoza, que no se posaba el polvo en su rostro, y en sus gozos aparecen recogidos varios milagros ubicados en el entorno y de temática acuática como la salvación de un hombre a punto de ahogarse en el río Cinca o de otro que había caído a un pozo en Lanaja.

En el otro gran convento de la comarca, el monasterio de Sijena, se custodiaba asimismo la imagen de la Virgen de la Nave, donada por un caballero que navegando y en medio de una gran tormenta invocó a la Virgen del Coro ofreciéndole otra imagen si salía bien parado del peligro y como así fue cumplió su promesa. Su relación directa con las aguas se concretaba además en el hecho legendario de que el mismo día de la tormenta las religiosas advirtieron que la imagen de la Virgen del Coro tenía sus vestidos mojados y llenos de arena, señal de que había ido a socorrer a su devoto caballero.

De igual manera a lo que ocurre con las vírgenes, las leyendas locales referidas a santas y santos se fueron transmitiendo a través de textos y cantos que, aunque compuestos por personas instruidas, muchas veces incluyen restos y actualizaciones de viejas creencias precristianas o paracristianas.

Santa Quiteria es tal vez la advocación con mayor implantación territorial en Los Monegros, con intenso culto local en La Almolda, Sena, Peñalba y Tardienta, y varias cofradías en otros pueblos. Su figura aparece siempre con un perro a sus pies y se considera especialmente propicia para curar la fiebre y las mordeduras de los perros rabiosos. Su origen legendario la sitúa en la parte occidental de la Península Ibérica, siendo arrojada a un río nada más nacer y finalmente muriendo degollada. Una versión local de su leyenda, reco-

Santa Quiteria en procesión. La Almolda.  
Año 2005



gida en Tardienta, cuenta cómo su padre la perseguía con una jauría de perros de tal manera que cuando consiguió alcanzarla los perros la despedazaron y donde cayó muerta brotó una fuente cuya agua tenía la virtud de curar el mal de la rabia, por lo que fue allí donde se levantó la ermita en su honor.

El punto más alto de la comarca, con 834 m de altitud, aparece presidido por la ermita de San Caprasio. Este santo, según la versión popular de su vida, era pastor en la sierra de Guara hasta que decidió hacerse monje y entonces tiró su cayado tan lejos como pudo, cayendo en la punta de la sierra de Alcubierre donde surgió una fuente y, al lado, se erigió su ermita. Cabe destacar que a su alrededor se localizan numerosas cuevas, alguna usada según se cuenta por el célebre bandido Cucaracha, y otras empleadas con fines de retiro religioso hasta la actualidad. Otro hecho resaltable es el milagro sucedido a través de su intercesión el 25 de abril de 1914, cuando ante una prolongada sequía los habitantes de Alcubierre sacaron su figura en rogativa después de unos 60 años sin hacerlo y esa misma noche cayó una gran tormenta por lo que las autoridades locales decidieron cambiar la fecha de celebración de su fiesta a partir de ese año desde el 20 de octubre, su día en el santoral, al 25 de abril.

San Antolín, patrón de Sariñena, fue un santo natural del actual departamento de Ariège en el sur de Francia. Siguiendo la ruta jacobea posiblemente se convirtió en patrón de la ciudad de Palencia y la tradición cuenta que desde esta ciudad un peregrino traía una reliquia de su cuerpo cuando al pasar por Sariñena las campanas de la iglesia comenzaron a sonar solas y el viajero quedó misteriosamente detenido sin poder salir de los términos de la localidad. Todo ello se interpretó como señal divina de que la reliquia debía quedarse aquí y fue motivo más que suficiente para que la capital de la comarca lo tomara por patrón.

La llegada de otro viandante, en este caso un pordiosero, es la circunstancia que desencadena otra conocida intervención sobrenatural en Bujaraloz. Pero en esta ocasión se cuenta que al atenderlo una criada de la calle Baja, contrajo la peste que traía el transeúnte y acabó contagiando a toda la calle. Por ello se levantó una pared que aisló a los vecinos de esta calle del resto del pueblo. Entonces todos



San Caprasio. Alcubierre

Procesión de San Antolín. Sariñena.  
Año 1951



los habitantes de la calle Baja dirigieron súplicas a la Virgen de las Nieves prometiéndole una celebración en su honor todos los años por lo que, a partir de la curación repentina de todos ellos, se realiza la fiesta que ha perdurado hasta la actualidad.

La distribución de los cultos a santos y vírgenes a lo largo y ancho de Los Monegros puede ser clave asimismo para entender la relación que los habitantes de la comarca han establecido entre sus creencias y la realidad geográfica, desde el ámbito más reducido hasta el supralocal y comarcal.

Es muy numeroso y variado el listado de las advocaciones de las ermitas que han existido o todavía se conservan en la comarca y cabe extraer de él algunas sencillas conclusiones. La distribución entre tipos de figuras sagradas nos aporta una amplia mayoría de santos frente a las menos habituales santas y vírgenes. Las advocaciones más habituales son San Sebastián, Santa Quiteria y Santa Ana. Un tema de interés a desarrollar sería la relación entre titulares de ermitas y datación de las mismas, a partir de la que podrían establecerse algunas advocaciones estrechamente ligadas al movimiento de la Contrarreforma como la Santa Fe o el Espíritu Santo, o la frecuencia de ermitas dedicadas a San Sebastián o Santa

Romería en la ermita de San Sebastián.  
Lastanosa. Año 2006





Romería de Santa Quiteria. Sena.  
Año 1923

Quiteria en función de las epidemias de peste bajomedievales o incluso del siglo XIX.

Entre las romerías, la figura sagrada en honor de la que se realiza un mayor número es la de San Isidro, a pesar de contar con una sola ermita erigida en su honor. Este contraste tal vez pueda vincularse a la fecha del santoral que se le dedica, el 15 de mayo, de gran importancia en el ciclo agrícola. Hay que tener en cuenta asimismo que no fue hasta el año 1960 cuando el papa Juan XXIII proclamó a San Isidro como patrono de los agricultores españoles. En cuanto a su número, otras romerías frecuentes son las dedicadas a Santa Quiteria, San Gregorio, que se considera abogado de las viñas, y la Santa Cruz, que se celebra también en el mes de mayo y se pone en relación con la bendición de campos y cultivos.

En cuanto a las advocaciones de las iglesias parroquiales, la más numerosa con diferencia es la de la Asunción de la Virgen, muy habitual entre los siglos XII y XIV y cuya fecha de celebración, el 15 de agosto, parece tener que ver con el momento de finalización de la cosecha del cereal. Por detrás se sitúan San Salvador, San Miguel, Santiago, San Pedro, San Juan Bautista y la Virgen de la Lumbre. Además, salvo en los pueblos de colonización, lo habitual es que estas advocaciones parroquiales no coincidan con el santo patrón de



San Úrbez en procesión. La Almolda.  
Año 2005

la localidad que muchas veces resulta ser el propio de una ermita local.

Otras veces, esta discordancia entre advocación parroquial y patronazgo local es resultado de un cambio producido en un momento posterior a la fundación de la iglesia como en Lalueza, donde se cambió a San Juan Evangelista por San Pedro Arbués, o en Barbués, donde se tomó como patrona a Santa Bárbara por haber librado al pueblo de una tempestad. Incluso los santos locales podían ser sustituidos como ocurrió en Peñalba cuando a comienzos del siglo XVIII sustituyeron a San Francisco de Paula por la Virgen del Rosario o en La Almolda cuando hacia 1800 se sustituyó a San Antonio por Santa Quiteria y San Úrbez.

En Bujaraloz, la sustitución de San Fabián y San Sebastián por San Agustín se produjo, según cuentan los gozos de este santo, mediante el procedimiento denominado "insaculación" que durante la Edad Media y Moderna solía emplearse en la elección de cargos temporales municipales. En este caso, sin embargo, el hecho milagroso se produjo porque al poner en un puchero varias papeletas con los nombres de los santos más acreditados, entre los que no se encontraba el de San Agustín, se sacó un papel por tres veces al azar y las tres veces el papel contenía el nombre de este santo. Un dato de interés al respecto es el supuesto origen norteafricano tanto de este santo como de las plagas de langostas que assolaban los cultivos de la zona.

En fechas más cercanas, se cuenta que la iglesia parroquial de Curbe, pueblo de colonización, recibió la advocación de Santa Teresa de Jesús a propuesta del ingeniero que proyectó la localidad, para hacerla coincidir con el nombre de la primera mujer que dio de comer a los obreros que construyeron el pueblo.

A un nivel exclusivamente local, el santo patrón puede considerarse como el principal símbolo de unidad del pueblo. Es una figura y símbolo capaz de disolver y superar las diferencias internas, a veces bastante significativas. De esta manera sirve como herramienta fundamental al conjunto de los habitantes del pueblo para reconocerse como tales, algo necesario y beneficioso para el conjunto pero tam-



Iglesia de Santa Teresa. Curbe

bién para los estratos locales superiores en su deseo de consolidar un sistema desigual y jerárquico de relaciones.

Una de las maneras en que los vecinos del pueblo se identificaban de manera más íntima con su patrón se concretaba a través de la presencia indispensable de este en momentos cruciales de su vida como cuando en Leciñena los niños que acababan de comulgar hacían una visita a la Virgen de Magallón, en Farlete los mozos que habían de ir a África durante el servicio militar se llevaban consigo una astilla del tronco del árbol sobre el que se apareció la Virgen de la Sabina, o en Robres se prestaba el manto de la Virgen de Magallón a todo enfermo o moribundo para que lo tuviera como auxilio espiritual.

Otra manera de hacerse presente de manera intensa era en el caso de no permanecer en la localidad natal, tal y como les ocurría a los habitantes de La Almolda que vivían en Zaragoza y que, al no poder celebrar las fiestas patronales junto a sus vecinos el día de Santa Quiteria, se juntaban en la iglesia de San Miguel de los Navarros de la capital aragonesa debido a que tenía una imagen de su santa patrona.



San Agustín en procesión. Bujaraloz.  
Año 2005

Hasta tal punto llegaba esta íntima unión entre pueblo y santo patrón que podía incluso adoptar cierta forma de fetichismo. Es ilustrativo de este hecho lo que se recuerda que sucedió en Bujaraloz, durante el siglo XIX, cuando el arzobispo de Zaragoza hizo una visita a la localidad y quiso sustituir el busto de San Agustín por una figura de cuerpo entero que encargó y envió al pueblo. En Bujaraloz la nueva figura se recibió con frialdad y entonces el arzobispo mandó traer el busto antiguo a Zaragoza de tal manera que la población se opuso firmemente temiendo daños y desgracias al verse desprotegida de su protección sagrada. Hasta tal punto fue así que tuvo que intervenir la Guardia Civil para garantizar el traslado de la imagen. A partir de ese día todos los males, como plagas y sequías, se atribuían a la ausencia de la imagen e incluso uno de los vecinos, el Tío Matra, prometió no afeitarse ni guardar la fiesta del patrón hasta que no regresara la imagen antigua, aunque finalmente la imagen volvió a Bujaraloz el año 1906.

Tal vez por el tamaño no excesivo de todas las localidades de la comarca, en Los Monegros se repite en cada uno de sus pueblos la circunstancia de contar con una sola parroquia, por lo que la equivalencia entre comunidad local y comunidad religiosa resultaba ser muy estrecha.

Una circunstancia que matizaba este hecho era la presencia de santos patronos de una calle en particular, cuya existencia se conoce en varios pueblos monegrinos como Alcubierre, Castejón, Leciñena, Peñalba o La Almolda entre otros. La figura del santo o virgen en cuestión podía situarse en una ermita cercana al pueblo, en una capilla urbana, en una hornacina en la fachada de una vivienda o incluso estar custodiada en una casa particular de donde solo salía el día de la fiesta para colocarla sobre un altar o pequeña capilla circunstancial que se decoraba con ramas y luces.

En la dimensión temporal, estos patronazgos de calle se manifestaban en fiestas para cuya descripción puede tomarse como ejemplo la de la Virgen del Pilar situada en una hornacina del Barrié en La Almolda. La entrada y salida de la calle se adornaba con arcos vegetales y lo habitual era que las mujeres tomaran un papel protagonista en esta celebración realizando una novena en la misma calle, o

en ocasiones desde dentro de una casa pero con el balcón abierto. Por ello, los niños recorrían el pueblo avisando con una campanilla el próximo comienzo del "rosario de la novena de la Virgen del Pilar de la Calle del Barrié". El último día de la novena se ofrecía por los difuntos de la calle y se aprovechaba para hacer el cambio de mayordomos, que era como se denominaba a las personas que cada año se encargaban de organizar la fiesta y cuidar del santo. Se celebraba una misa, pasada la cual se repartían unas tortas, y se tocaba música en la calle acudiendo hasta ella el resto del pueblo. Al final se organizaba una cena a la que solo asistían los vecinos de la calle, y en algunos casos se hacían también hogueras o se realizaban fuegos artificiales. En otros lugares como Alcubierre era habitual realizar una procesión que se detenía delante del santo frente al que se entonaban sus gozos u otros cantos. Los mayordomos solían ser dos matrimonios de la calle que se iban sustituyendo por turnos hasta que la ronda daba la vuelta completa a la calle. Sus obligaciones eran, entre otras, mantener limpia la capilla u hornacina, encender las luces durante la fiesta, hacer la novena, recaudar dinero durante los actos, encargar la misa al sacerdote, gestionar y a veces incluso trabajar los bienes del santo, y llevar las cuentas. En La Almolda, los vecinos de la calle se llegaban a constituir en auténtica cofradía con una doble finalidad religiosa y festiva.

La leyenda del origen de estos patronazgos de calle se mantiene viva en algunos casos como en la calle Jimeno de Leciñena donde durante la guerra cayó una bomba un 26 de julio y como no causó ningún daño se tomó como patrona de la calle a Santa Ana. En otra calle del mismo pueblo, la del Solano Bajo, el origen del patronazgo de San Roque se explica por su intervención sobrenatural en un episodio de contagio de peste que afectaba de manera particular a los habitantes de la calle en cuestión.

Estos relatos, y el desarrollo habitual de estas fiestas de calle, muestran cómo el santo de la calle se tenía como mediador privilegiado entre la divinidad y los habitantes de la calle, lo mismo que el patrón del pueblo se consideraba mediador lógico entre la divinidad, o las fuerzas que escapaban al control humano, y los habitantes del pueblo. A través del prisma de la antropología, parece



Hornacina de la Virgen del Pilar en el Barrié.  
La Almolda



Imagen de San Roque en el Solano Bajo.  
Leciñena

evidente que el objetivo fundamental de estas fiestas de calle era reforzar y reafirmar la pertenencia a un segmento distinto al resto de segmentos en los que podría dividirse simbólicamente cada localidad. En este sentido no eran raros los conflictos con el sacerdote en el caso de que este intentase evitar las celebraciones en la misma calle de cara a centralizar los actos religiosos en la iglesia parroquial, algo que se producía especialmente entre aquellos sacerdotes que no eran naturales del pueblo.

En la expresión de la religiosidad popular de cada comunidad local había otro tipo de segmentación que no iba asociada a una calle o barrio sino a un grupo de personas que se constituía como tal en torno a una devoción particular. En este sentido, las cofradías o "cofradías" eran asociaciones de carácter voluntario acogidas a un patrón o imagen común que les daba nombre. Aparecen ya documentadas desde la Baja Edad Media y algunas de ellas han llegado a nuestros días, disfrutando actualmente de un cierto renacimiento paralelo al de las celebraciones de Semana Santa.

Dependiendo del tamaño de la localidad podía establecerse solo una o, lo que era lo más común, varias de ellas hasta alcanzar por ejemplo en Sariñena la cifra de 24 hacia mediados del siglo XIX. Durante ese mismo siglo, sin embargo, muchas de ellas desaparecieron al perder sus bienes por el proceso desamortizador. Y otras, por el contrario, fueron naciendo a lo largo del siglo XX impulsadas por el catolicismo social propio de ese siglo, distinguiéndose además por estar muy centradas en lo religioso y sin apenas actividad lúdica o festiva.

A lo largo de los siglos, estas asociaciones laicas desarrollaron una doble labor tanto religiosa como de asistencia social. Algunas tenían como una de sus principales funciones ciertas labores caritativas, como las Hermanas de San Francisco en La Almolda que se encargaban del sepelio de las personas más pobres, o la cofradía de la Sangre de Cristo en Leciñena, cuyos integrantes se ocupaban de recoger el cadáver de las personas que no tenían familia o que habían fallecido en el monte. La mayor parte de ellas realizaban servicios de cuidado entre sus propios miembros como la atención a

Estandarte de la Cofradía del Misterio Redentor de Cristo. Lanaja. Año 2005



cofrades enfermos, el pago de velas a los difuntos o los gastos del funeral en general. Otras tenían como misión el cuidado de una ermita o capilla que, en este caso, solía ser de su propiedad.

Algunas ejercitaban una participación activa en actos abiertos a todos los habitantes del pueblo mediante el acompañamiento de procesiones en Semana Santa o el canto de las populares "despertaderas".

En cuanto a las cofradías de mujeres, era habitual que no recibiesen ese nombre sino el de congregaciones y su función principal era muchas veces únicamente la de colaborar en las celebraciones religiosas de la parroquia. Algo similar eran las primitivas "mairalesas" en muchos pueblos como Fraella, Grañén, Huerto, Sena o Senés de Alcubierre, donde su función específica era la de cuidar y mantener el edificio de la iglesia en buenas condiciones. En la actualidad este término se emplea en varias localidades como equivalente a las reinas o damas de fiestas de otras zonas.

En cuanto a las personas que podían o no formar parte de una cofradía se presentaban ligeras variantes, pues aunque lo común era que solo formasen parte de ellas algunos vecinos del pueblo, se tiene noticia de alguna cofradía como la del Salvador en Lastanosa que



Cofradía de San Fabián. Tardienta.  
Año 2005

englobaba asimismo miembros provenientes de pueblos cercanos, o de casos como algún habitante de Robres que formaba parte de la cofradía de Nuestra Señora de Gillas en Huesca.

Muchas de las cofradías estaban constituidas solo por hombres, siendo las de mujeres menos abundantes y habiendo también las que eran mixtas o de presencia mayoritaria de varones. Las había propias de casados, de solteros y unas pocas de determinada clase social u ocupación. Algunas, como la de la Santa Cruz en Sena, la de San Fabián en Tardienta o la de San Antón en Bujaraloz tenían un número limitado de miembros y otras solo permitían la entrada de nuevos socios si eran hijos o incluso primogénitos de cofrades. La de la Sangre de Cristo en Leciñena estaba constituida por 33 integrantes rememorando la edad a la que murió Jesucristo.

Las cofradías solían regirse por estatutos y ordenaciones que fueron experimentando profundas transformaciones con el paso de los siglos y en los que se establecían las normas internas como la cuota a abonar por todos los cofrades o la multa impuesta a quien no asistiera a los actos que se consideraban de carácter obligatorio. Todas tenían un estandarte o bandera como distintivo que era portado en fiestas, procesiones y romerías. Las reuniones del conjunto de los cofrades se denominaban "el día del sitio" y en ellas se daba entrada a nuevos miembros. Cada año u otro periodo de tiempo se renovaban los "mayordomos" o "priors" que de manera rotativa solían responsabilizarse temporalmente de los asuntos comunes.

Para su mantenimiento y la consecución de sus objetivos muchas de ellas tenían propiedades como campos, corralizas y cabezas de ganado, lo que conllevó una intensa actividad económica que permitió en ocasiones que llegaran a prestar dinero al respectivo ayuntamiento en caso de necesidad, tal y como se ha documentado en Monegrillo.

El día grande de la cofradía coincidía con aquel en que se celebraba la festividad de su patrón. Era una jornada de confraternización en la que no podía faltar la misa y la comida de hermandad o el "refresco", entendido no como bebida fresca, sino como alimento ligero para reponer fuerzas. En muchas ocasiones se realizaba antes o después una novena, y en Grañén recuerdan la curiosidad del

Vajilla de la antigua cofradía de Santa Quiteria. Fraella



"raleo" o subasta de carne para recaudar fondos que realizaba la cofradía de Santiago Apóstol.

En el nivel más inferior de la escala geográfica y simbólica, también podía ser que algunas familias o "casas", como se denominan en parte de la comarca, tuvieran un santo por el que se sentía especial devoción, con quien se identificaban de manera especial, y al que podían pedir protección en momentos especialmente peliagudos para el grupo familiar como el nacimiento o el fallecimiento de uno de sus miembros. Si además se trataba de una casa pudiente podía tener un altar o capilla particular y hasta celebrar una fiesta privada con misa el día de su festividad en la que podía incluirse asimismo algún acto público como el reparto de panecillos.

Esta visión de las figuras sagradas como mediadores a diversas escalas entre las personas y ese nivel considerado sobrehumano o divino puede explicar que, aún teniendo evidentes signos de sacralidad, estas figuras compartan otros atributos de humanidad no menos llamativos con sus fieles y devotos. Es recurrente en el análisis de la religiosidad popular la consideración de santos y vírgenes como figuras cercanas y en Los Monegros no faltan casos y leyendas que confirman esta afirmación a través, por ejemplo, del hermanamiento o emparejamiento de santos y vírgenes en relatos populares tan ajenos como poco queridos por la iglesia oficial.

Como hermanos se consideraban los tres santos cristos de Castelflorite, Balaguer y Alcolea de Cinca por haber sido realizados según la tradición a partir de un mismo tronco de madera, y cada 14 de septiembre las comitivas de los tres pueblos se juntaban en la localidad mediocinqueña para celebrar la Exaltación de la Santa Cruz. En la ermita de Santa Bárbara de Lanaja se daba culto a siete santas que se consideraban hermanas y que, además de la titular, eran Santa Quiteria, Santa Apolonia, Santa Engracia, Santa Águeda, Santa Librada y Santa Cecilia. Y uno de los episodios de la vida legendaria de Santa Quiteria cuenta precisamente cómo nació junto a sus ocho hermanas en un solo parto, sufriendo todas ellas martirio por su fe cristiana.

Otra leyenda de gran interés es la que da cuenta de la existencia de pasiones humanas entre personajes sagrados y que, en Los Mo-

Virgen del Castillo. Alberuela de Tubo



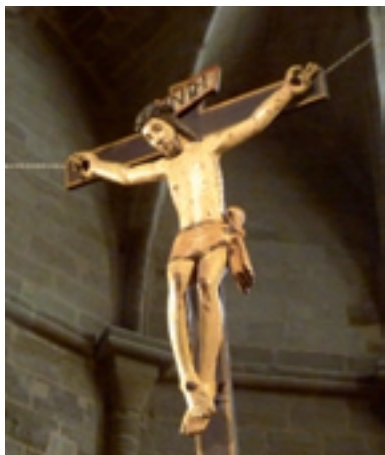
negros, se ha recogido de manera prácticamente idéntica en dos zonas diferentes. En Alberuela de Tubo cuentan que Santo Domingo de Huerto y San Andrés de Usón pretendían a la Virgen del Castillo de Alberuela de Tubo y finalmente el segundo acabó tuerto por una pedrada que le tiró el primero. De manera similar, en Monegriello se cuenta que tanto su patrono San Benito como San Caprasio de Alcubierre se disputaban los favores de la Virgen de la Sabina en Farlete. Por esta razón, el enfadado San Caprasio le comenzó a tirar piedras a San Benito desde lo alto hasta que una de ellas le pegó en un ojo y le produjo el pequeño defecto que parece que presentaba la antigua imagen del santo. Otras versiones incorporan matices de interés a la leyenda como la enemistad entre los santos por la condición de pastor de uno frente al talante laborioso y agricultor del otro, o la presencia más antigua de San Caprasio perturbada por la llegada posterior del forastero San Benito.

Como trasfondo de estas leyendas es posible vislumbrar los latentes conflictos entre localidades cercanas así como entre pastores y labradores a lo largo de los siglos, al igual que cierta coincidencia con los habituales emparejamientos de los dioses paganos.

La sensación de cercanía entre devotos y figuras sagradas tomaba también la forma de un contacto físico habitual entre ambos. No era raro que se llevase al cuello una medalla de la Virgen del Pilar, devoción que se extendió ampliamente por todo Aragón y que cuenta con numerosos altares en el conjunto de las iglesias parroquiales de la comarca. Aún era más habitual que las imágenes sagradas se tocaran y se besaran, a veces en rituales anuales y otras veces como expresión de un cariño y devoción que casi pertenecía a la esfera de lo íntimo y personal. Hasta tal punto llegaba esta costumbre que a la Virgen de las Fuentes de Sariñena hubo que hacerle una vitrina para que su manto no se deteriorara. También se cuenta que en el santuario de la Virgen de Magallón había un Niño Jesús de Praga, de madera policromada, que tenía "colica" y las chicas iban a vérsela, posiblemente el mismo al que las mozas llevaban un ramico de tomillo para encontrar novio.

Otras veces las imágenes sagradas portaban una fuerte carga sobrenatural a partir de su origen o de una intervención milagrosa.

Cristo crucificado. Lanaja



Según la tradición, el Cristo de Lanaja fue tallado en un tronco de sabelina por un peregrino que permaneció encerrado tres días en un cuarto hasta que la dueña de la casa entró en la habitación, vio que el peregrino había desaparecido misteriosamente y encontró varias figuras talladas en madera. En la calle de San Antonio de La Almolda se ubica otro relato que suele situarse a comienzos del siglo XX. Se cuenta que la sacristana de la capilla de la calle se llevó a su casa el niño Jesús que siempre acompaña a San Antonio de Padua porque se había roto y lo sustituyó por otro nuevo. A partir de ese momento el propio San Antonio se le presentaba todas las noches para buscar al niño hasta que la sacristana lo devolvió a su lugar original.

Este contacto íntimo entre fieles y santos y este carácter sobrenatural de las figuras sagradas se combinaban de manera particular en el intenso culto que llegaron a recibir las reliquias. Eran fragmentos del cuerpo de un santo u objetos tocados por él que recibían especial veneración, bajo la profunda creencia de lo que se denomina técnicamente "magia contagiosa" por la que aquellas cosas que han estado en contacto siguen ejerciendo influencia mutua una vez separadas.

A partir de la Edad Media, se extendió una auténtica necesidad de que cada parroquia contase con fragmentos materiales de personajes sagrados para atraer fieles y peregrinos, llegando algunos siglos después hasta un desarrollo desmesurado de esta práctica. Así



Procesión con la reliquia de Santa Beatriz. Perdiguera. Año 1955



La Virgen de las Fuentes en procesión.  
Sariñena. Año 2012

se tiene constancia de que la iglesia parroquial de Perdiguera, por ejemplo, recibió el año 1622 reliquias con certificación romana de Santa Beatriz y de otros 32 santos diferentes, y de que la iglesia de Monegrillo llegó a contar con reliquias de 28 santos, un fragmento del velo de la Virgen María y otro de la capa de San Francisco.

Tal vez esta visión íntima y cercana de santos y vírgenes en la religiosidad popular monegrina pudo influir en que estas figuras fueran objeto principal de la desgraciada destrucción causada por las tropas leales a la II República que ocuparon gran parte de la comarca durante la Guerra Civil de 1936. Muchas figuras de gran valor histórico artístico fueron destrozadas y quemadas junto a pinturas de temática religiosa entre las que cabe destacar las que cubrían la sala capitular del monasterio de Sijena. A pesar de ello, algunas figuras y fragmentos como la cabeza de la Virgen de las Fuentes en Sariñena pudieron ser rescatados y ocultados temporalmente por personas de especial devoción.

Pero también las figuras sagradas podían ejercer la venganza pues, según cuenta la tradición, después de que la ermita de Santa Bárbara de Lanaja fuera desvalijada durante la guerra, la persona que había tirado la figura de la santa por el suelo fue atropellada posteriormente por un camión. Y en Perdiguera se recuerda que en una época de escasez una persona vendió la imagen de Santa Engracia y, a raíz de ello, le llegaron muchas desgracias.

La visión de las figuras sagradas como mediadores privilegiados parece ejemplificar una tendencia utilitarista de la religiosidad popular que se concreta en un amplio listado de remedios para enfermedades, problemas personales y necesidades de los cultivos a los que se adscribe un santo o santa particular que parece especializado en ciertos favores a los humanos, puestos en relación muchas veces con ciertos atributos o pasajes de su legendaria vida. Así, Santa Agueda es abogada de las enfermedades propias de los pechos debido a que sufrió la amputación de los suyos al ser martirizada. De igual manera Santa Lucía, que perdió sus ojos, es patrona de la vista y por eso en Sariñena al notar en un ojo un cuerpo extraño había que recitar "Santa Lucía que me quite esta porquería / San Antón

que la guarde en un rincón / Santo Tomás que no me vuelva más". San Lorenzo, que fue martirizado sobre una parrilla, era invocado para curar las quemaduras, y San Blas para los males de garganta debido a que le salvó la vida a un niño que se ahogaba porque se le había trabado una espina de pescado en la garganta. En Robres, lo mismo que en el pueblo de Ateca, incluso tienen una argolla atribuida a San Blas que sirve de protección al ponerla sobre el cuello y que se iba pasando por las casas. En Grañén, los problemas respiratorios se intentaban solucionar visitando la ermita de San Julián. Los santos Antonio y Joaquín (padre de la Virgen María) solían invocarse en canciones y nanas para conseguir que los niños se durmieran, y al primero de ellos además se le ponían velas para conseguir novio o novia y se le rezaba un conocido responso para encontrar los objetos perdidos. Santa Rita era considerada en general la abogada de las cosas imposibles.

En Montesusin y otros lugares se invocaba a San Juan para librarse de las verrugas pero había que hacerlo según un procedimiento especial. El 24 de junio desde medianoche y hasta que salía el sol había que coger tantas piedras como verrugas se tenían y arrojarlas en un río o acequia donde corriese el agua mientras se recitaba: "piedras traigo, verrugas tengo, al señor San Juan se las encomiendo, las tiro al río y me voy corriendo".

San Úrbez, un santo montañés que fue pastor antes de ermitaño y que tiene su centro devocional en el valle de Nocito en la sierra de Guara, extendió su fama para conseguir agua de lluvia hasta las tierras monegrinas. Se tiene noticia de una impresionante rogativa de agua hasta su santuario, en 1621, a la que se acudió desde 125 localidades del norte de Aragón entre las que se encontraban Sariñena, La Almolda y Bujaraloz. Todavía es venerado con devoción en Marcén y La Almolda.

De San Sebastián y San Roque se creía que solían librar de epidemias y pestes, el primero porque sobrevivió tras ser asaeteado y se relacionaban las flechas voladoras con el contagio de las enfermedades, y el segundo porque se contaba que a su paso por las ciudades francesas éstas quedaban libres de epidemias. En este caso, además de leyendas, vale la pena incluir la constatación histórica de



Imposición de la Argolla de San Blas.  
Robres. Año 2006



San Sebastián en procesión. Lanaja.  
Segunda mitad del siglo xx



Santa Bárbara en procesión. Torralba de Aragón. Año 1964

graves epidemias de peste en Los Monegros como las de 1647-1654, cuando llegó a morir más de la mitad de la población de Alcubierre, o las de cólera, por ejemplo en 1885 y 1889, cuando en escasas semanas murieron decenas de personas en muchos pueblos de la comarca. Todo ello pudo favorecer la extensión del culto a estos dos santos.

San Bartolomé podía ser invocado para evitar los daños de las tormentas pero para este objetivo estaba muy extendida la oración de Santa Bárbara ya que según refiere su leyenda sagrada murió decapitada pero al momento un rayo fulminó a su padre que acababa de quitarle la vida. En Monegrillo el día de Santa Bárbara se llevaban a bendecir fragmentos de sílex de los trillos, denominados "pedre-rías", en la confianza de que quien llevase encima uno de ellos se vería libre de los rayos. Contra el pedrisco también tuvo fama, según cuenta el padre Faci en el siglo XVIII, una espina de la Corona del Señor que don Juan de Austria donó al santuario de la Virgen de Magallón. En Castelflorite se le atribuía a San Pedro el poder de desviar las tormentas desde su ermita, por lo que se cuenta que los de Sena lo cogieron y lo arrojaron por la pendiente, cansados de recibir los daños de las tormentas provenientes del pueblo vecino.

También para evitar los efectos de rayos y "pedregadas" se tocaban las campanas de iglesias y ermitas como la de Santa Quiteria en La Almolda. En Sangarrén tienen para este cometido el "esconjurador", una torre lateral de la iglesia parroquial abierta a los cuatro puntos cardinales y desde donde el mosén "esconjuraba" las tormentas.



Esconjurador. Sangarrén



## Las romerías

Una de las expresiones de la religiosidad popular en Los Monegros que más ha concitado la participación de sus habitantes han sido las romerías. A través de la memoria de las personas mayores se han documentado más de 70 romerías referidas a prácticamente todos los pueblos de la comarca. Las hay de profunda raigambre histórica pero también en las últimas décadas han surgido algunas como las de los pueblos de colonización. Otras recientes, como las de Grañén al Cristo de los Milagros en Huesca o la de Peñalba el día de San Isidro responden a nuevas realidades que surgen de un sentimiento religioso e identitario que no pierde su vitalidad.

En bastantes ocasiones las romerías fueron desapareciendo, se han transformado sustancialmente o han variado ligeramente su fecha de celebración para permitir la asistencia del mayor número posible de romeros. En muchas de ellas participaba toda la localidad pero otras eran propias únicamente de alguna cofradía.

Sus fechas de celebración se esparcen a lo largo de todo el calendario anual pero se apiñan de manera especial en los meses de abril y mayo cuando, al igual que sucedía con las rogativas de agua, los cultivos de cereal atravesaban un periodo crítico en el que la ausencia del agua de lluvia podía ser decisiva para el buen resultado de la cosecha. Por ello no resulta raro que la petición de lluvia aparezca tantas veces en los cantos que se entonaban durante las romerías.

Su origen se hunde muchas veces en la memoria popular que recoge la tradición de haber comenzado por un voto o promesa a raíz de un episodio de peste (como la de Santa Engracia en la ermita de Santo Domingo en Huerto o la de la Virgen de la Corona de Piracés) o por una "batalla con los moros" como la de San Miguel también en Huerto.

Carroza de la romería a la ermita de Santiago. Sariñena. Año 1960



La mayor parte de estas romerías tenían un carácter exclusivamente local pero en la comarca no faltan aquellas en las que coincidían habitantes de dos o más localidades, o ermitas a las que se llegaba en romería desde varios pueblos en fechas diferentes. Analizar sobre un mapa la ubicación de las ermitas y santuarios que servían de punto de encuentro comarcal resulta todo un ejercicio de geografía simbólica a través del que quedan evidentes las costuras que a través de la religión y lo popular han ido cosiendo las fracturas geográficas que dividen el territorio monegrino y, especialmente, la frontera interior que supone la sierra de Alcubierre.

Estas romerías y ermitas compartidas pueden agruparse en tres zonas diferenciadas. En torno a la sierra de Alcubierre, y literalmente tejiendo lazos entre sus dos vertientes, se sitúa el santuario de la Virgen de Magallón a donde se acudía desde Leciñena, Perdiguera y Robres (aunque la documentación histórica nos certifica otra veintena de pueblos monegrinos, de la Hoya de Huesca y del entorno de Zaragoza relacionados con este santuario); la ermita de San Caprasio, donde se siguen reuniendo los habitantes de Alcubierre y Farlete, y la de Santa Quiteria en La Almolda, a donde llegaban romeros desde Castejón de Monegros, Monegrillo, Farlete e incluso Caspe.

En la zona central, como auténtico corazón devocional comarcal, se encuentra la Cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes, a donde acudían conjuntamente desde Lalueza, Lanaja y Sariñena (en la actualidad ya no) y a cuya romería del día de San Isidro se fueron sumando en las últimas décadas varios pueblos de colonización (Cantalobos, La Cartuja de Monegros, Orillena y San Juan del Flumen), integrándose de esta manera plenamente en la configuración simbólica y espacial del territorio.



Romería de la Virgen de las Fuentes en la Cartuja de las Fuentes. Sariñena. Año 2005

La tercera área de romerías comunes se extiende por la franja septentrional de la comarca con algunas romerías intracomarcales como las de Santa Agueda y Santa Quiteria en Tardienta, la de Santa Ana en Valfonda y la de Santo Domingo en Huerto. Otras sin embargo, precisamente en la zona donde por cuestiones geográficas e históricas más difusos se presentan los límites entre la comarca monegrina y la vecina de la Hoya de Huesca / Plana de Uesca, hacen coincidir pueblos de ambas comarcas. A la de la Virgen de Puimelero en la Venta de Ballerías se acude desde Huerto, Peralta de Alcofea y Torres de Alcanadre, y hasta cuatro ermitas de la Hoya se desplazan pueblos monegrinos: a la ermita de San Gregorio de Vicién y a la de Santa Lucía en Huesca acude Sangarrén, a la de la Virgen de la Corona de Piracés acuden Albergo Bajo y Callén y a la de La Jarea en Sesa acude Fraella. Otro caso similar es la romería de la Virgen de Terreu, a donde acudían desde Castelflorite y otros pueblos del Somontano de Barbastro y el Cinca Medio, o la ermita de Santa Quiteria en Peñalba, a donde venían también desde Candanosos.

Aunque presenta ligeras variantes, el esquema de las romerías es bastante similar en todos los casos. Antaño lo tradicional era realizar



Romería de Santa Quiteria. Tardienta.  
Año 1955

el camino caminando junto al sacerdote al que a veces se reservaba un burro o una tartana para que fuera montado, lo que también ocurría en algún caso con el ayuntamiento en pleno. Los más pudientes podían ir también a caballo, y muchas romerías tenían por tradición el desplazamiento en carros, galeras o carrozas que en bastantes localidades se adornaban con flores y ramas de chopo, de pino o de boj, y campanillas en las caballerías.

Aunque suele ser esta una tradición antigua, en Sariñena por ejemplo se tiene noticia de que la primera carroza se adornó hacia los años 1946 o 1947. En Albalatillo, Sena o Valfonda de Santa Ana, lo mismo que en Sariñena, los carros han sido sustituidos por remolques agrícolas impulsados por tractores que lucen igualmente engalanados con elementos vegetales. En algunas localidades como Sena o Bujaraloz, los jinetes o carrozas al regresar daban varias vueltas al pueblo "en desenfundada carrera". Otras veces, era al llegar a la ermita cuando se le daba varias vueltas al edificio en procesión solemne.

Junto al cura y los monaguillos tampoco faltaba la cruz parroquial y una bandera de vivo color con la que ya delante de la ermita se realizaban unos giros en el aire en honor al santo. Esta bandera podía ser de tamaño y peso considerable, por lo que "no valía cualquier hombre para llevarla, había que ser un hombre valiente".

En las romerías de varios pueblos, cada uno de ellos portaba una cruz de tal manera que una de ellas gozaba de una posición preeminente bien por el tamaño o bien por el orden en el que se situaban. En estas romerías, cada uno de los pueblos que acudían reafirmaba su identidad local por medio de las citadas banderas o cruces parroquiales, pero al mismo tiempo y de manera conjunta se identificaban como parte de una unidad superior, supralocal o comarcal, materializada en la propia actualización de cada romería.

En muchas ocasiones, si las figuras sagradas se custodiaban en la localidad, era habitual portar la peana o "peaina" del santo o virgen durante la romería hasta la ermita y luego de vuelta hasta la iglesia parroquial. Algunas veces eran miembros de una cofradía quienes tenían el privilegio de portar el santo o la bandera y otras eran los quintos quienes llevaban la peana.

Romería de Santa Quiteria. La Almolda.  
Año 2005



En Sangarrén se llevaba a San Isidro y a la Virgen del Rosario, pero solo hasta una era de las afueras del pueblo donde quedaban con la compañía de los niños que comían un bocadillo de tortilla para almorzar. Los romeros adultos continuaban hasta la ermita de San Gregorio y, al regresar, recogían las figuras sagradas y las devolvían en procesión a la iglesia.

En Huerto, los quintos, previamente confesados y comulgados portaban las reliquias de la santa y no tenían permitido dejarlas en el suelo a lo largo de todo el trayecto. En La Almolda, Leciñena y Sariñena los danzantes acompañan la romería, y el santuario de la Virgen de Magallón es el lugar donde se representa de manera tradicional el Dance de Embajadores de Robres.

A lo largo del recorrido, en ciertas romerías, había costumbre de realizar algunas paradas determinadas, a veces como puntos de encuentro entre los diferentes romeros tal como ocurría junto a una Cruz o Cruceta en la romería de Santo Domingo de Huerto o en la de Santa Quiteria en Sena. Otras veces eran puntos donde se realizaba una oración como hacían en Capdesaso en la romería a la ermita de Santa Elena junto a los restos de cruces de piedra tal vez de soldados fallecidos en la guerra de la Independencia.

En la romería que va de Lalueza a la Cartuja de las Fuentes, poco después de pasar por delante de la Cruceta, se conserva una enorme piedra arenisca con un hueco o pocillo en su parte central en la que cada romero tiraba un guijarro o pequeña piedra para que, según la tradición, las cosechas no fueran perjudicadas por el pedrisco. Cuando se subía a la Virgen de Magallón desde Leciñena las mozas tenían la costumbre de tirar una "piedrica" en un orificio de uno de los pilones que flanqueaban el camino, pero en esta ocasión lo que pretendían era encontrar novio. En la ermita de Santiago de Sariñena también se recuerda que existía la tradición de que los chicos y chicas arrojaban "zaborros", según unos testimonios, a los restos de unas estatuas situadas a ambos lados de la entrada del edificio y, según otros, a una figura que formaba parte de la artística cruz cercana a la ermita. Una tradición relacionada con estas es la de Adahuesca, en el Somontano de Barbastro, donde se arrojan piedras en un montón en la

Cruz junto a la ermita de Santiago. Sariñena



llamada fiesta de Crucelós y parece ser costumbre pagana el arrojar piedras en los cruces de caminos formando pequeños montones.

También podían hacerse algunas paradas en el recorrido de vuelta, sobre todo en un punto cercano al pueblo hasta donde quienes habían quedado en él iban a recibir a los romeros, y ya todos juntos entraban en la población cantando o rezando el rosario.

El acto religioso por excelencia era la celebración de la misa durante la que se le concedía especial importancia al sermón. Se consideraba que era un momento en el que algunos elementos adquirían un poder especial y, por ello, en la ermita de San Caprasio había costumbre de recoger el aceite que se quemaba en la lámpara pues se le otorgaba la facultad de curar las hernias: a los niños herniados se les untaba con él y después se recostaban sobre el altar. También en la ermita de San Blas en Villanueva de Sijena los habitantes de este pueblo y los de Sena continúan utilizando el aceite bendecido el día de San Blas para protegerse de los males de garganta impregnando unos pedacitos de algodón con los que se hacen una señal de la cruz en el cuello.

En la ermita de San Benito de Monegrillo, tras la celebración de la misa se colocaba a los niños pequeños sobre una piedra situada en



Recogida del aceite en la romería de San Caprasio. Alcubierre. Año 2005

el centro del altar mayor, se les santiguaba y untaba con aceite de la lámpara del santo. El ritual tenía cierta complicación pues una mujer llamada María debía sujetar al niño con una mano, con la otra tener una vela y al mismo tiempo había de rezar una oración que pedía la intercesión de San Benito para que el niño no padeciese unos ataques llamados "alfrerecías" ni cualquier otra enfermedad contagiosa. Al finalizar, además, tenía que pasar el niño a otra señora que tuviera el mismo nombre.

Otro elemento fundamental, y más después de una caminata más o menos larga, era el alimento necesario para reponer fuerzas y también para pasar un rato agradable en buena compañía. En ocasiones era el ayuntamiento el que proporcionaba un aperitivo al salir de la misa, y otras veces cada uno se proveía el almuerzo y se volvía a comer a casa. También era muy habitual que los romeros se quedasen a comer en cuadrillas por las cercanías de la ermita y, para ello, algunas ermitas contaban con una gran habitación que servía de cocina y podía ser incluso doble en ermitas compartidas. Este era el caso de la ermita de San Caprasio, que tenía una cocina para los habitantes de Alcubierre y otra para los de Farlete, o del santuario de la Virgen de Magallón, que disponía incluso de tres cocinas: una para cada uno de los tres barrios en que se dividía tradicionalmente el pueblo de Robres.

En muchas romerías se solían repartir unos panecillos con anís en grano u otros productos de repostería como rosquillas o trozos de torta que se bendecían y, a veces, eran distribuidos por miembros de una cofradía. En Sena les llamaban "panetes" y se tenía la convicción de que protegían a los animales de la rabia. En Monegrillo era tradicional en la romería del Lunes de Pascua el comer la rosca o roscón de San Benito, una torta de masa que contenía uno o dos huevos duros en su interior y que se encuentra presente en otras fiestas primaverales aragonesas. En Sena, esta torta se denominaba "cancamboi" y la tomaban los niños en la romería de Santa Quiteria.

A lo largo del camino y en la propia ermita o edificio conventual, como sucedía en la Cartuja de las Fuentes y en el monasterio de Sijena, se realizaban cantos religiosos que solían incluir explícitas pe-



Bendición de alimentos en la romería de la Virgen del Castillo. Alberuela de Tubo. Año 2005

ticiones de lluvia para los campos. Estos cantos muchas veces se denominan "gozos" e incluyen alabanzas a la figura sagrada en cuestión así como una breve relación de los milagros más relevantes ocurridos por su intercesión. Entre otros se tiene conocimiento de los referidos a la Virgen de Puymelero, la Virgen de las Fuentes, San Benito en Monegrillo, Santa Quiteria en Sena, y Santa Ana y San Sebastián en Lastanosa. En este último caso, y en otros, la música de un gaitero le proporcionaba especial solemnidad a la marcha de la romería y a la salida de la figura sagrada de la ermita.

Otras veces, la romería incluía una bendición de términos para preservar las cosechas de cereal, que muchas veces estaban cercanas. Así se hacía en ermitas como la de San Marcos en Capdesaso, la de San Jorge en Bujaraloz y las dos de Santa Quiteria en Sena y Tardienta. En la de San Gregorio de Vicién, esta bendición la realizaban de manera conjunta los curas de los dos pueblos que acudían a la romería: Vicién y Sangarrén.

Pero era después de la misa y la comida cuando se creaban los momentos más propicios para el encuentro fraternal y la alegría compartida. A veces se organizaba baile y eran habituales los cantos espontáneos. Se conversaba con amistades y vecinos, se aprovechaba para hacer compraventas y cerrar tratos, se comía y bebía en abundancia. Por eso en Lalueza era popular un dicho sobre la romería a la Virgen de las Fuentes: "de la Cartuja venimos, no borrachos pero bien bebidos". En Almuniente, durante la romería de San Agustín, tenía lugar una carrera pedestre hasta el llamado Tozal de la Corrida y, al volver, se daba de premio una torta grande al ganador. También abundaban las bromas de los mozos que tenían esta celebración religiosa de aires carnavalescos como cuando los de Monegrillo llenaron dos toneles de leche de cabra y luego la ofrecieron delante de la ermita de San Benito diciendo que era vino.



Bendición de términos en la romería de San Jorge. Bujaraloz. Año 2005

# Las campanas

Las campanas eran parte insustituible del paisaje sonoro y religioso de Los Monegros. Lo normal es que cada una tuviera un nombre por el que era conocida y en Bujaraloz recuerdan alguno curioso como la "garbancera" debido a que era la que se tocaba los domingos y a que los garbanzos eran el plato típico de ese día entre las familias más humildes. En Lanaja, Peñalba y Robres conservan sendas campanas con una inscripción similar que comenta en tono jocosos su nombre y carga. La de Robres dice: "M.<sup>a</sup> Ignacia me llaman, 120 arrobas peso, y el que no se lo crea, que me levante a peso".

Uno de los principales toques que se realizaban era el de fiesta, consistente en un alegre repique seguido de volteo general. El toque a fuego era muy rápido y también era usado si una persona se había extraviado. Los toques de aviso para misa u otros actos se hacían seguir de cierto número de golpes largos y marcados en función de si era la primera, segunda o tercera llamada. A tormenta se tocaba con la esperanza de que la "pedregada" no provocara daños en los cultivos. Otro de los toques más recordados es el de difuntos. En Castellflorite se componía de tres toques espaciados y, al finalizar el último, sonaba un repique continuo y volvía a comenzar de nuevo. En Alcubierre, Sena y Villanueva de Sijena se indicaba si la persona fallecida era hombre con tres toques y si era mujer con dos. Otro toque desgraciadamente muy habitual era el de "mortijuelo", que indicaba la muerte de un niño y para el que se utilizaba la campana más pequeña llamada "cimbálico".

Se conservan algunas campanas de gran antigüedad como una de Lastanosa fundida el año 1525 u otra de Perdiguera del año 1580, pero muchas desaparecieron durante la Guerra Civil. De las campanas del monasterio de Sijena se decía que cuando tocaban solas es que anunciaban la muerte de alguna de las monjas.



Campanas de la iglesia de San Nicolás. Fraella

## Bibliografía

- ABRIL, J. (coord.). *Identidades compartidas. Cultura y religiosidad popular en Aragón*. Zaragoza, CEDDAR y ADEMA, 2009.
- ADELL, J. A. y GARCÍA, C. *Leyendas misteriosas de Aragón*. Huesca, Pirineo, 2003.
- ALINS, L. *Lastanosa; un pueblo, unos hombres, una historia*. Huesca, Parroquia y vecinos de Lastanosa, 1992.
- ALVAR, M. *Atlas lingüístico y etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*. Madrid, La Muralla, 1983.
- ANDOLZ, R. *El casamiento en Aragón. Mitos y costumbres*. Zaragoza, Mira, 1993. / *La muerte en Aragón*. Zaragoza, Mira, 1995.
- ASOCIACIÓN CULTURAL BALCARDOSA. *Música y tradición en Bujaraloz*. Zaragoza, Asociación de Gaiteros de Aragón, 1995.
- AULA DE EDUCACIÓN DE ADULTOS DE BUJARALAZ. *Bujaraloz: tesón y esperanza*. Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, 2002.
- BAGÜÉS, J. *Tradición musical de Lecinena*. Zaragoza, Mira, 2002.
- BELTRÁN, A. *Semblanzas de Monegros*. Grañén, Comarca de Los Monegros, 2003.
- BRAU, J. *Luces y sombras de Sangarrén. Una mirada retrospectiva al siglo xx*. Huesca, Asociación Cherada, 2011.
- BUIL, J. J.; ZABALZA, M. B. e ICART, I. *Castejón de Monegros. Territorio, patrimonio, historia*. Castejón de Monegros, Ayuntamiento de Castejón de Monegros y Diputación de Huesca, 2011.
- CALVO, Á. *Monegrillo y su entorno. Apuntes para una historia*. Monegrillo, Ayuntamiento de Monegrillo y Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe, 2000.
- CANCER, J. V. *El dance de Sena*. Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1988.
- CASTIELLA, J. J. *La alcoba de la memoria. Una historia particular de Grañén*. Grañén, Ayuntamiento de Grañén, 2002.
- FACI, R. A. *Aragón, reyno de Christo, y dote de María Santísima*. Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1979 (edición original: 1739-1750).
- FRIBOURG, J. *Fiestas y literatura oral en Aragón*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2000.
- GÁLVEZ, F. J. *En Los Monegros, La Almolda*. Caspe, Grupo Cultural Caspolino, 1998.
- GARI, Á. (coord.). *Aragón mítico-legendario*. Zaragoza, CAI, 2007.
- GAVÍN, G. (coord.). *Comarca de los Monegros*. Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2005.
- PES, F.; MARTÍNEZ, L.; LAGUNA, M. J. y otros. *Monegrillo y sus recuerdos*. Monegrillo, Ayuntamiento de Monegrillo, 2005.
- PLAZA, B. (coord.). *Guía turística y cultural de Los Monegros*. Grañén, Instituto de Estudios e Investigación de Los Monegros, 2001.

**Nota del autor.** Quisiera agradecer su colaboración en la elaboración de este libro a Vicente Chueca, Constantino Escuer, Ángel Gari, Gonzalo Gavín, M.ª Fernanda Gómez, Daniel Murillo, Pilar Ráfales, Ana Royo, Roberto Serrano, Salvador Trallero, al equipo técnico de la Comarca de los Monegros y a todas las personas y entidades que han prestado amablemente sus fotografías. También querría mostrar público reconocimiento a la memoria de Manuel Benito, pues abrió caminos en la práctica etnográfica por los que continuaremos intentando llegar más lejos en el conocimiento de nuestro presente y nuestro pasado.

- RIVAS, A. M. *Ritos, símbolos y valores en el análisis de la identidad en la provincia de Zaragoza*. Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1986.
- SANTO DOMINGO, J. de. *Historia de la prodigiosa imagen de la santísima Virgen de Magallón*. Leciñena, Club Deportivo, Recreativo y Cultural, 1974 (edición original: 1814).
- SATUÉ, E. *Religiosidad popular y romerías en el Pirineo*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1991.
- TRALLERO, S. *Sariñena antigua*. Sariñena, Salvador Trallero Editor, 2005. / *Sariñena y el Diario de Huesca*. Vol. 1. Sariñena, Sariñena Editorial, 2010.
- ZABALLOS, E. *Costumbres tradicionales y apuntes históricos del dance de La Almolda*. Zaragoza, edición del autor, 1988.

### Publicaciones periódicas

- Flumen XXI*. Asociación Cultural Flumen (Grañén).
- Montesnegros*. Junta Cultural de Leciñena.
- El Pimendón*. Asociación Cultural El Pimendón de Robres.
- Quio*. Asociación Cultural Quio (Sariñena).
- El Recautillo*. Ayuntamiento de Lalueza.
- Santuario de Monegros*. Asociación Ntra. Sra. de Magallón de Leciñena, Perdiguera y Robres.
- El Tarirán*. Asociación Cultural Senense.

### Grabaciones

- BAJÉN, L. M. y GROS, M. *Monegros. Música tradicional de Aragón* (disco). Madrid, Tecnosaga, 1997 (edición original: 1990). / *La gaita en los Monegros* (libro-disco). Zaragoza, Prames, 1999.
- MONESMA, E. (dir.). *Trobos de San Fabián en Tardienta* (vídeo). Huesca, Pyrene P.V., 2011.
- SERRATE, S. *Romances de ronda en Castejón de Monegros (Huesca)* (libro-disco). Zaragoza, Archivo de Tradición Oral de Aragón, 2007.

### En Internet

- ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID. *Información promovida por la Sección de Ciencias Morales y Políticas en el curso de 1901 a 1902 (parte correspondiente a Aragón)*. Servicio de Patrimonio Etnológico, Lingüístico y Musical de la Diputación General de Aragón. Consulta: 20/11/2012. Url: <http://www.aragob.es/edycul/patrimo/etno/encuesta/portada>
- LLOP, F. *Toques de campanas de Aragón en formato video*. Consulta: 15/12/2012. Url: [http://campaners.com/php/aragon\\_videosg.php](http://campaners.com/php/aragon_videosg.php)
- Ruta Mariana en Los Monegros*. Consulta: 14/12/2012. Url: <http://rutamariana.los-monegros.com/>



Centro colaborador de:



**Los Monegros**  
CONSEJO COMARCAL



**INSTITUTO DE ESTUDIOS  
ALTOARAGONESÉS**  
Diputación de Huesca